

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA DIOSA DEL FUEGO

A vintage movie poster for the film 'La Diosa del Fuego'. The poster features a large, close-up illustration of a woman's face, Helen Gahagan, wearing a red headscarf and looking downwards with a somber expression. The background is a dramatic scene with a woman in a dark, flowing dress and a crown-like headpiece pointing towards the right. In the lower right, a man, Randolph Scott, is seated, looking towards the viewer. To his right, a Native American figure stands holding a spear. The bottom left corner shows silhouettes of people in a fiery, chaotic scene. The title 'LA DIOSA DEL FUEGO' is written in large, bold, white letters across the top. The names 'Helen GAHAGAN' and 'Randolph SCOTT' are prominently displayed in the center. The top left corner has the text 'EDICIONES BIBLIOTECA FILMS'.

Helen
GAHAGAN
Randolph
SCOTT



LA DIOSA
DEL FUEGO

Creación de

HELEN GAHAGAN

La primera actriz del *Broadway*
declarada la mujer más hermosa
de América

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN
ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona
AGENTE DE VENTAS
Sociedad General Española de librería - Barbá, 16 - Barcelona

EDITORIAL
"AUS"
Publicación semanal

Año XI

Núm. 205

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

La diosa del fuego

Es la historia del más extraño triángulo amoroso. Su tema es alegórico. El hombre del triángulo es un mortal: las mujeres son símbolos de emociones completamente opuestas. Una representa poder, pasión, belleza y la satisfacción de un deseo impuro, la otra representa un hogar, una familia y lo que es más importante... el amor. Y mientras una le ofrece una pasión dominadora, la otra le ofrece una vida normal enaltecida por la dicha y el amor. ¿Cuál de las dos triunfa?... Esto es lo que nos da a conocer LA DIOSA DEL FUEGO.

Producción **RADIO PICTURES**

Sucursales:

Madrid
Bilbao
Sevilla
Valencia
Las Palmas
Palma de Mallorca
Portugal



CASA CENTRAL:

RADIO FILMS

Director: D. ROBERTO TRILLO

Gerente: D. Antonio Blanco

Paseo de Gracia, 76 - BARCELONA

Imprenta Comercial - Valencia, 234 - Teléfono 70657 - BARCELONA

PRICIPALES INTERPRETES:

«Ella» HELEN GAHAGAN
Leo Vincey RANDOLPH SCOTT
Tanya Helen Mack
Archibald Holby Nigel Bruce

Director:

IRVING PICHEL

NARRACIÓN DEL FILM POR
MANUEL NIETO GALAN

LA DIOSA DEL FUEGO

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

LA REVELACION DE UN SECRETO

Doce sonoras campanadas del reloj de la torre de la vieja catedral de la capital de Inglaterra anunciaron el arribo de la medianoche. Las calles de Londres aparecían en aquel momento desiertas y era raro el transeúnte que se veía transitar por ellas. El que lo hacía iba precipitadamente, como dando a entender que una obligación ineludible le exigía transitar a aquellas horas.

El frío que hacía se metía dentro de los huesos y ocasionaba un entumecimiento del que hubiera

tenido el atrevimiento de pararse un rato.

Puede decirse que el aire que se respiraba podía palpase por su densidad y la niebla que cubría todo el firmamento parecía una carga extraordinaria que pesaba sobre el que se aventuraba por las calles.

Las luces del alumbrado público eran incapaces de alumbrar más de medio metro de distancia y solamente, de cuando en cuando, se oía el trotar de un caballo, tirando de algún coche, en cuyo interior un ciudadano se trasla-

daba de un lado a otro de la población.

Estos vehículos cruzaban lentamente, con el temor del que sabe puede dar lugar su precipitación a algún peligro, y los cocheros, medio entumidos por la niebla, dejaban que el caballo siguiese su camino, guiados más bien por su instinto que por las riendas.

Las luces de algunas casas, en las que todavía no se habían acostado sus dueños, aparecían completamente empañadas por aquella niebla pertinaz que caía sobre la ciudad del Támesis, y el sonar de las doce campanadas daba la impresión de que era la señal convenida para tener lugar un misterioso aquelarre.

Y a aquella misma hora, un joven, que apenas contaba veinticinco años, se dirigía a un extremo de la ciudad, dando la impresión su semblante de una impaciencia contenida forzosamente. De cuando en cuando limpiaba el cristal del coche donde iba y miraba ansiosamente el camino que cruzaba. Se daba cuenta de la distancia que lo separaba todavía del punto a donde se encaminaba, y volvía a recostarse sobre el coche, con la resignación del que sabe que no le queda otro recurso que esperar pacientemente.

Era este muchacho Leo Vincey, de gran inteligencia, de aspecto simpático y en quien podía admirarse una vigorosidad extraordinaria, sin ser desproporcionada. En su mirada brillante y fuerte se advertía un carácter decidido, de esos que no saben retroceder ante ningún peligro y que aman la aventura sobre todas las cosas.

Y mientras el joven viandante seguía su camino, en una casa del viejo barrio londinense un hombre, de apariencia viejo, se hallaba sobre un lecho dando señales de poseer un mal mortal e inevitable.

De pronto el enfermo abrió los ojos y preguntó con voz débil:

—¿Qué hora es?

El que le acompañaba, procurando no dar a sus palabras ninguna entonación de disgusto, le respondió:

—Aun no hace diez minutos que me preguntó usted la hora.

El enfermo, sin preocuparse de la respuesta, y sólo pensando en la idea que le obsesionaba, preguntó de nuevo:

—¿Cree usted que llegará a tiempo?

—Ya no puede tardar—le respondió el otro—. Cállese, John... ¿Insiste en decirse esta misma noche?

—Si—respondió el enfermo—. Presiento que no pasaré de esta noche.

—No diga eso — protestó su compañero—. Pronto estará bien.

El enfermo calló sin querer responder a aquellas frases de consuelo que le dirigía su amigo, aun cuando sabía que su fin estaba próximo. No se hacía ninguna ilusión respecto a su porvenir, y estaba seguro de que la muerte no tardaría en apoderarse de él. Había jugado tantas veces con ella, que alguna vez tenía que tocarle perder, y ésta era ahora.

Se llamaba el enfermo John Vincey, célebre físico inglés, que había descubierto un gran secreto científico y quería antes de morir confiárselo a su sobrino Leo, para lo cual le había hecho venir precipitadamente a Londres. Quería que sus trabajos científicos no quedaran en el anonimato y que fuera precisamente el único descendiente suyo el que los llevara a la práctica y los diera a conocer al mundo entero.

Después de un rato de silencio en el que sólo se oía el tictac del reloj de la habitación próxima, el enfermo volvió a decir:

—Holly, ¿qué se hizo de su culto por la verdad, por los datos científicos?...

Iba a contestarle, cuando se oyeron pasos en la habitación próxima, y se levantó rápidamente para ver si se trataba del sobrino de John, a quien con tanta impaciencia esperaban. El enfermo los oyó también y exclamó:

—Ahí está... Dese prisa.

Salió su compañero a la estancia de al lado y, en efecto, se encontró con un joven a quien nunca había visto, pero que por su parecido con el enfermo sospechó que era el sobrino que esperaba.

El recién llegado, sin formulismos de ninguna clase y pensando únicamente en el motivo que le había hecho venir a Londres, le dijo precipitadamente:

—Me espera mi tío... Yo soy Leo Vincey.

—¿Qué tal, Vincey?—le dijo el otro ofreciéndole la mano, que el joven estrechó, sin darse a penas cuenta—. Yo me llamo Holly... Pase, pase. Hace tiempo que le esperábamos... Ya empezaba a sospechar que le hubiera ocurrido algo.

—Mi retraso se debe al tiempo... Esta maldita niebla inglesa me ha retrasado un día... ¿Cómo está?

—Muy mal — respondió Holly sin darle ninguna esperanza—. Por suerte, aun llega a tiempo.

—¿Qué pasa?—preguntó el joven con la inquietud propia que producían las palabras de Holly—. Su cablegrama me ofrecía una aventura inconcebible... ¿A qué tanto misterio?

Holly hizo un gesto que denotaba no estar bien enterado de lo que se trataba y le respondió:

—Eso se lo dirá su tío... Lo que no le dije por cable es que John Vincey se muere...

—¿Que se muere mi tío?—preguntó extrañado el joven—. Mi tío estaba fuerte, nunca hubiera sospechado una noticia así.

—Pues es la triste verdad—volvió a decirle Holly—. Se muere de un envenenamiento de radio... ¿Cuánto tiempo hace que no le ve?

—No le veo desde que era niño—contestó Leo—. De muy niño me llevaron a América y desde entonces no nos hemos vuelto a ver más... ¿Sabe para qué me hace venir con tanta precipitación y misterio?

—Ahora no puedo decírselo —respondió Holly—. No hay un instante que perder.

Entraron los dos en la habitación donde estaba el enfermo, y Leo estrechó la mano que le tendía su tío, quien le dijo:

—Esperaba impaciente tu lle-

gada, Leo. Creí que no llegarías a tiempo y que la muerte me impediría decirte lo que quiero.

Leo advirtió en el semblante de su tío que, en efecto, la vida se acababa por momentos de aquel cuerpo, pero aun tuvo la suficiente serenidad para responderle:

—No sea usted pesimista... Usted está fuerte y vencerá el mal.

El viejo sonrió con resignada tristeza y respondió:

—Los que hemos profundizado en los misterios de la ciencia, no tememos a la muerte. Sé que moriré dentro de poco, pero no me importa si puedo revelarte mi secreto.

Leo, mientras su tío le hablaba, recorría con la vista toda la estancia donde se hallaba, hasta que de pronto se fijó en un retrato que pendía de una pared, y cuyo parecido con él era verdaderamente extraordinario. El enfermo se fijó también en la atención que ponía el joven en la contemplación de aquel retrato y le dijo a Holly:

—¿Ha visto usted alguna vez parecido tan igual?

—Extraordinario — respondió Holly, fijándose en el retrato y en Leo—. Lo noté en seguida.

—Encienda la luz del todo—ordenó el enfermo a Holly. Y una

vez que éste lo hubo hecho, requirió al joven diciéndole:

—Fíjate bien en ese retrato.

—Ya lo veo—respondió Leo—. Me estaba fijando cómo se me parece, o mejor dicho, como me parezco yo a él.

—Es un antepasado tuyo de hace seis generaciones — le dijo John Vincey—. Se llamaba como yo, John Vincey. Vivió en el siglo XV.

—Por lo que se ve, los Vincey nos parecemos mucho, extraordinariamente.

El enfermo calló unos segundos. Pareció que se reconcentraba en sí mismo y al fin exclamó, como quien ha tomado una rápida resolución:

—Bueno, no hay tiempo que perder. Hablemos de lo más importante. Como hombre de ciencia que soy, no tengo supersticiones. De tenerlas, creería que tú parecido a él augura que tú hallaras lo que él logró descubrir.

Leo le miró cada vez con más interés. Las palabras de su tío encerraban un misterio que el joven trataba en vano descifrar sin poderlo hacer. El enfermo, con voz firme, con una fuerza expresiva que parecía mentira en quien tan próximo parecía de la muerte, siguió diciéndole:

—Ese antepasado tuyo descubrió el medio de destruir al enemigo mayor del hombre y de cuanto vive y alienta.

—¿Al tiempo?—preguntó Leo.

—A eso precisamente aludo, Leo—siguió diciendo—, al tiempo, que a cada oscilación del péndulo nos acerca inexorablemente a la muerte.

—Eso nadie puede evitarlo —respondió convencido el muchacho.

John Vincey movió dubitativamente la cabeza, sonrió con cierto aire de escepticismo y murmuró:

—¿Quién sabe?

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó asombrado el muchacho.

—El creía en la existencia de la fuente de la eterna juventud... Han sido muchos los alquimistas que buscaron el elixir de la inmortalidad.

El muchacho cada vez más sorprendido por aquellas explicaciones que le daba su tío, y sin poder comprender qué papel podía él desempeñar entre todos aquellos alquimistas de siglos pasados, preguntó:

—¿Y yo qué tengo que ver con eso, o con John Vincey?

El enfermo volvió a callar. Pareció tomar fuerzas para seguir

dándole la explicación que deseaba y al fin le dijo:

—Escúchame atentamente, Leo, que ésta será la última vez que te hable.

El muchacho sintió lástima ante el estado de su tío y trató de impedirle que hablara diciéndole:

—Tío John, no debiera usted fatigarse así... Mañana, cuando se encuentre mejor, me lo dirá todo.

—No — insistió el enfermo—. Voy a confiarte un secreto que los Vincey guardaron durante generaciones.

Hizo una pausa para recobrar fuerzas y proseguir hablando, y luego le dijo:

—El primer John Vincey fué en pos de la gran aventura con su esposa, dejando a su hijo en Londres... Desapareció durante cinco años, sin que nadie tuviera noticias de ellos... Una noche, en una aldea polaca, una mujer moribunda se refugió a la puerta de un mercader inglés, y el mercader le dió asilo y escuchó su relato aterrador...

Leo sintió ya el interés propio del que está seguro de que ha de escuchar una emocionante narración, y puso sus cinco sentidos en las palabras de su tío para no perder nada de cuanto le dijera. Este continuó diciéndole:

—Aquella mujer era la viuda de John Vincey. No podía a penas hablar, pero escribió una carta. Era una carta dirigida a su familia de Inglaterra.

—¿Y dónde está esa carta? — preguntó Leo.

Su tío le mostró una carta que había sacado de una cajita que previamente se había hecho llevar y le respondió:

—Esta es la carta de la moribunda de hace unos siglos.

Leo cogió la carta que le entregaba su tío y pretendió leerla diciendo al fin:

—Es casi indescifrable. ¿Dice acaso lo que fué de John Vincey?

—Dice lo siguiente: «Mi esposo murió porque rehusó abandonarme».

—¿Dicen dónde fueron? — preguntó Leo Vincey, cada vez con mayor interés.

—No muy claramente — respondió el enfermo—. Menciona a Moscovia, pero Siberia y Kamchaka era parte de Moscovia en el siglo XV.

—Entonces él murió — inquirió el joven, quien su temperamento aventurero no podía abstraerse a la aventura que presentía en todas aquellas palabras de su tío.

—Sí—afirmó John Vincey—. A

él le mataron en un lugar muy remoto del Norte. Ella huyó con su sirviente inglés. En su huida se encontraron con unos esquimales y regresaron cruzando un glaciar llamado Sugul. En él acechaba la muerte.

Cogió la carta que Leo tenía en las manos y se la entregó a Holly diciéndole:

—Holly, lea usted lo que dice.

El otro cogió la carta y se puso a leer lo siguiente:

«Allí una gran fiera atacó y mató a nuestros guías... Mi sirviente, Giles, mató a la fiera, pero murió a consecuencia de las heridas que había sufrido en la lucha con ella, y yo quedo completamente sola y abandonada.»

¿Pero es que lo que descubrieron...? — preguntó Leo, entregado por completo al interés de aquella aventura.

Holly siguió leyendo la narración que había dejado escrita la mujer del antiguo John Vincey y dijo:

«En esta tierra extraña vimos la Llama... Quienquiera que se deje abrazar por la llama surge de ella salvo, triunfador de la muerte...»

Aquellas declaraciones se contradecían con la muerte de John

Vincey. El joven se hacía acertadas consideraciones y por ellas se daba cuenta de que si su antepasado se había dejado abrazar por la llama, mal podía haber muerto y por lo mismo preguntó:

—¿Pero cómo murió John Vincey, si descubrió esa llama?

—Porque le asesinaron — respondió misteriosamente John Vincey.

Leo empezó a perder el interés que en un principio le había causado aquella extraordinaria narración. Pensó que tal vez todo fuera producto de la mente calenturienta del enfermo, y exclamó:

—¿Ustedes, hombres de ciencia, toman en serio esa historia?

—En serio — exclamó su tío viendo que su sobrino dudaba de sus palabras. Y haciendo supremo esfuerzo con el resto de las fuerzas que le quedaban se puso en pie y le dijo:

—Ven conmigo y verás si lo tomamos en serio... Ven al laboratorio donde Holly y yo hemos pasado la vida. Yo, al principio, también era escéptico, pero luego adquirí la seguridad plena.

Apoyándose en su sobrino y en Holly bajaron al laboratorio donde tantas veces habían pasado las horas trabajando y Leo quedó sorprendido ante la diversidad de

aparatos que encontró en él. Jamás había visitado un laboratorio de química y desconocía por completo todos aquellos aparatos, ni para qué servían. Durante unos minutos quedó absorto en la contemplación de cuanto le rodeaba, y su tío le dejó que inspeccionara toda la estancia, hasta que finalmente le dijo:

—Holly y yo hemos intentado durante, años, aquí mismo, reproducir la llama de la vida que descubrió John Vincey... Hemos fracasado, pero nuestros estudios sobre la radioactividad nos convencieron de la posibilidad de tal elemento.

—¿Un elemento preservador de la muerte? — preguntó Leo, cada vez más seguro de que estaba hablando con un loco.

—Durante diecisiete años lo hemos estudiado aquí... Mira nuestro auxiliar favorito.

Leo miró el metal que le ofrecía su tío y exclamó sin darle importancia:

—Esto no es ningún misterio. Este metal es oro, no es ningún elemento desconocido.

—Sí, oro—siguió diciendo John Vincey—, el símbolo de la llama de la vida que encontró nuestro antepasado John.

Leo miró incrédulamente a su tío y éste ante aquella mirada de duda le preguntó:

—¿No comprendes?

—No—respondió Leo—. La llama destruye todo lo que es vida, la aniquila y la reduce a cenizas.

—Es cierto—respondió el tío de Leo—. Mil voltios matan, pero aumentando la frecuencia de la corriente, un millón de voltios son inofensivos. La radiación de esta llama de la vida puede ser un millón de veces más ardiente que el fuego, o fría como el hielo.

—Esto es absurdo — protestó Leo—. ¿Cómo puede haber una llama fría?

—¿Ignoras acaso que ha habido muchos que han muerto abrazados por los rayos X?... ¿Y acaso han sentido la quemadura?... No. Esta llama de la vida es pura radiación la más potente del Universo.

—¿Pero qué radiación es esa?—preguntó Leo, que a fuerza de darle explicaciones su tío iba también sintiéndose presa por la misma idea.

—La radiación del elemento desconocido — le respondió John Vincey.

—¿Y usted cree de veras que exista? — preguntó el joven.

—Estoy convencido.

—¿Y en qué funda ese convencimiento? — inquirió Leo nuevamente:

—Nuestros experimentos lo demuestran.

—¿Pero han hecho experimentos de esta índole?

—Claro que sí — siguió diciéndole el viejo—. Y nuestros experimentos prueban además que ese elemento no puede producirse artificialmente... Sólo la Naturaleza lo produce.

—¿Dónde? — inquirió Leo Vincey.

—En una zona glacial volcánica.

Leo se esforzaba en comprender a su tío, pero aquellas teorías no le convencían y por lo mismo exclamó:

—Pero ustedes se fundan simplemente en una pura hipótesis.

—No, me fundo en esa leyenda de la familia, que es cierta y que yo creo absolutamente en ella. Creo firmemente que John Vincey halló la llama de la vida y que aun arde en un confín remoto y misterioso... Por eso te hice venir... Eres el último Vincey, el último de nuestra línea y debes buscarla.

—¿Yo? — preguntó sorprendido Leo.

—Sí — insistió su tío—, Holly irá contigo. John Vincey era explorador, y tú llevas en la masa de la sangre el amor a la aventura...

Leo miró cada vez con más extrañeza a su tío y éste, como si adivinara su pensamiento le dijo:

—No creas que esto es un delirio de un moribundo... Cuando triunfes, yo ya no estaré en este mundo, pero presiento que sabré de tu triunfo y compartiré tu alegría cuando digas: «Aquí arde al fin la llama de la Vida».

Volvieron nuevamente a la estancia en la que había encontrado por primera vez a su tío, y se dieron cuenta de que la vida del pobre viejo empezaba a marchitarse. Su respiración, tal vez al esfuerzo realizado en aquellas últimas horas, era forzada, y Leo se convenció de que le quedaban pocos minutos de vida. Mas antes de morir el enfermo le dijo:

—¿Me prometes que buscarás la llama de la vida?

—Sí, tío — respondió Leo—. Iré con Holly adonde esté oculta la llama y la descubriré...

—Ahora muero contento—respondió el viejo—. Lo que yo no supe hacer lo harás tú por mí. Si

yo a tus años hubiera descubierto ese secreto habría ido en pos de él.

Estas fueron sus últimas palabras y al amanecer, con las pri-

meras luces del día dejó de existir el último John Vincey, después de tener la seguridad de que su sobrino continuaría la labor que él no había podido terminar.

EN POS DE LA AVENTURA

A fuerza de hacerse a la idea de aquella aventura, Leo deseaba emprender cuanto antes el viaje en busca de aquel país desconocido donde habían de encontrar la llama de la vida.

No desmentía su descendencia de héroes de exploradores y bullía en él toda el ansia de correr aquella aventura que sospechaba sería mucho más emocionante de lo que nadie podría imaginarse.

Los preparativos, sin embargo, se hacían con demasiada parsimonia en comparación con la nerviosidad que lo dominaba, y Holly tuvo que decirle en cierta ocasión:

—El éxito de las expediciones en todos los casos no estriba en el arrojo de los expedicionarios, si-

no en el talento de los que la idean.

—¿Eso quiere decir que tendremos que esperar mucho tiempo? —preguntó el joven.

—No, apenas una semana. Yo le prometo que en una semana estará todo dispuesto para que emprendamos la marcha, pero ha de pensar que nuestro viaje no es un viaje de placer, que nos espera grandes privaciones, infinitas dificultades y que todo debe ser vencido, según el plan que llevo concebido.

Leo protestó de aquellas palabras diciéndole:

—Yo creo que las exploraciones no pueden ser preparadas, más que a medias. Lo imprevisto

no puede saberse hasta que llega el momento que se presenta.

—Lleva usted razón, pero cuando se piensa en lo imprevisto, a veces se suelen reducir las dificultades.

Y en aquellas discusiones pasaron los días que hacían falta para que todo estuviese a punto, y una semana después los dos jóvenes emprendieron el camino que había de conducirlos hacia aquella región inexplorada, donde suponían que se encerraba la llama de la vida.

Desde Londres se dirigieron a Noruega y desde allí emprendieron el Camino del Polo. Cruzaron la tierra de los esquimales y entonces empezaron a sentir ya las primeras dificultades de la expedición. La comida empezó a escasear y comenzaron a alimentarse de los animales del país. El reno les ofrecía un alimento poderoso y les daba bríos para continuar por aquellas glaciales regiones.

Cuando encontraban en su peregrinación alguna aldea de esquimales buscaban en ella un poco de calor, y era el té el que les daba aquellas calorías de que tan necesitados estaban.

Holly se reía del optimismo de su compañero. Para él no parecía

existir nada difícil, y varias veces, cuando mayor era el apuro en que se encontraba Leo, le decía:

—Estoy deseando encontrar todos esos inconvenientes de que me hablaba antes de partir.

—Pues no los desee tanto, que tiempo tendrá de odiarlos—le respondió Holly.

Y en esta franca camaradería continuaban su viaje, sin saber si se acercaban o se distanciaban de aquella región inexplorada, en busca de la cual se dirigían. Cuando por primera vez se encontraron con los esquimales, Leo le dijo a su amigo:

—Ojalá estos tipos tengan té.

—Pues yo prefiero una chuleta de reno—exclamó Holly.

—La hospitalidad nortea—le dijo Leo—, lo he leído no sé dónde, dicen que nada hay que la iguale.

—Hospitalidad—respondió Holly—; pues yo cuando los vi los tomé por bandidos «chatos»... No se puede uno fiar de ellos.

—Eso es verdad—confirmó Leo—. Hace una semana que andamos entre ellos, pero la verdad es que todavía no podemos quejarnos. No llevamos nada que les llame la atención.

Siguieron por aquellas regiones polares, sin pensar que entre los

esquimales pudieran encontrar a personas ajenas a ellos. Estaban seguros de que ninguna familia europea podría vivir allí, y por ello fué mayor su sorpresa cuando encontraron a una familia inglesa que se dedicaban al negocio de pieles.

Claro está que la estancia de estas pequeñas familias que se internan en la región de la nieve es excesivamente corta. Hacen sus negocios y una vez conseguida la cantidad de pieles que necesitan, vuelven cuanto antes a sus puntos de origen y ya no se acuerdan de los esquimales hasta la temporada próxima. Estas incursiones de los negociantes de pieles han dado lugar a que los esquimales se familiaricen con el trato de otros seres ajenos a sus costumbres y hasta que en muchos casos lleguen a aceptar algunas de ellas.

Pero así y todo la vida entre los esquimales sigue siendo primitiva y la civilización todavía no ha hecho su entrada en ellos.

La pequeña expedición formada por Leo y Holly, con los guías que llevaban, encontraron a este otro grupo de europeos y se unieron a ellos, con esa familiaridad a que da lugar siempre el encontrarse gentes de un mismo país en otro lejano.

Al día siguiente los expedicio-

narios emprendieron de nuevo la marcha hacia el interior de las tierras glaciales, pero antes de marchar dijeron al compatriota que habían encontrado:

—Quisiéramos que nos buscara usted algún guía indígena.

—¿Adónde quieren ir?—les preguntó el otro mirando recelosamente a su hija Tanya.

La muchacha bajó la mirada, ocultando sus bellos ojos con el fin de que no pudieran darse cuenta de la aversión que sentía hacia aquel hombre a quien llamaba padre y Leo Vincey, sin apercibirse de nada le respondió:

—¿Ha oído hablar de la barrera de Sugul?

—Sí—respondió el padre de Tanya—; oí hablar de ella a los esquimales.

—Pues esa es la dirección que queremos llevar.

El padre de Tanya se quedó unos minutos en silencio, y Leo volvió a decirle:

—¿Cree usted que encontraremos guías que nos quieran acompañar?

—Lo dudo—respondió el padre de la muchacha—; pero yo haré por encontrar algunos.

En efecto, salió en busca de algunos esquimales y al fin encontró a varios decididos que se comprometieron a acompañarlos.

Durante toda la mañana llevaron una marcha fatigosa. La nieve que levantaba el aire que hacía les azotaba el rostro y sentía en la vista el quemazón que producen siempre las tierras nevadas.

Tanya no se separaba del lado de Leo y el muchacho, mientras caminaba miraba de vez en cuando a la muchacha y se extrañaba de que una chiquilla como aquella pudiera ser hija de un hombre que desde el primer instante inspiraba una verdadera desconfianza.

Holly, por el contrario, dejándose llevar como siempre por su franco optimismo, caminaba tras los guías y de cuando en cuando se volvía hacia el padre de Tanya para decirle:

—¿Cree que tardaremos mucho en llegar a la barrera?

—Supongo que no debemos estar muy lejos—respondió el padre de la joven—. Fíjese que los guías empiezan a mostrarse inquietos.

Leo, que oyó estas palabras del padre de Tanya, preguntó:

—¿Cree usted que podemos correr algún serio peligro?

—Si nos basamos en la leyenda, sí... Aunque yo nunca he sido partidario de creer esas cosas.

Leo sin poderlo remediar miró a Tanya. Temía aquellos peligros de que le hablaba su padre, no por él precisamente, sino por el riesgo

que pudiera correr la muchacha.

Cerca del mediodía acamparon en plena planicie helada, y ante ellos se extendía una verdadera barrera de montañas que, sin duda, debían ser la barrera de Sugul. Todos miraron hacia allí, como si desearan y temiesen encontrarse cerca de ella. En todos ellos latía esa incertidumbre propia de lo desconocido, y hasta los guías, cuando supieron que habían de atravesar aquella barrera, se negaron a seguir adelante.

Leo, contrariado por la negativa de los nativos, le dijo al padre de Tanya:

—Necesitamos guías que conozcan esas montañas.

El padre de la joven movió negativamente la cabeza y les respondió.

—No habrá guía que les acompañe allá.

—Es que pagaremos bien.

—No se trata del dinero—volvió a decirle el padre de la joven—. Se trata de que tienen miedo de ir allá, porque de cuantos han ido, hasta ahora, nadie ha regresado.

Holly sonrió sin preocuparse de aquel temor que les expresaba el padre de Tanya, y preguntó burlescamente:

—Pero ¿qué es lo que puede haber más allá de Sugul para que le tengan ese miedo?

El padre de Tanya se encogió de hombros. El tampoco quería descubrir lo que pensaba que había más allá de las montañas y contestó únicamente:

—Hielo, me figuro que habrá. Claro que, como ya les he dicho, los esquimales cuentan ciertas leyendas.

—¿Y qué leyendas son esas?—preguntó con interés Leo, mientras que Holly exclamaba:

—Yo no hago nunca caso de las leyendas.

Sin embargo, el padre de Tanya siguió diciéndoles:

—Dicen que allí acechan terribles peligros. Dicen que hace tiempo una mujer huyó de la comarca de más allá de Sugul.

—¿Qué mujer?—preguntó con un gran interés Leo.

—Una mujer blanca. Dijo que venía de un lugar donde, el que sepa cómo, no se muere nunca.

—Debe ser admirable ese país—exclamó riendo Holly.

No obstante el padre de Tanya no parecía tener la misma opinión y respondió:

—Lo malo está en que la gente se muere antes de llegar allá.

—¿Y usted cree en ella?—preguntó Leo.

—Yo, no—respondió—. Para mí que lo que hay más allá es oro y que sus habitantes tratan de ocul-

tarlo para que no se lo quiten... Ustedes deben ir también en su busca.

Leo movió negativamente la cabeza y exclamó:

—A nosotros no nos interesa el oro. Vamos buscando algo más importante. Precisamente queremos encontrar esa Llama de que tanto se habla.

El padre de Tanya comprendió por aquellas palabras que se trataba de dos investigadores, para quienes el dinero no tenía valor. Sabía de sobras que para los hombres de ciencia vale mucho más ésta que el dinero, y por lo mismo, dejándose llevar por su ambición, les preguntó:

—Y si les encuentro guías, ¿cuánto les pagarían ustedes?

Leo sin vacilar le respondió:

—Lo que pidan... No tema usted por la cantidad que exijan.

—Pues me dedicaré a buscar guías y asumiré el mando de la expedición, sin cobrarles nada... ¿Qué les parece?

—Me extraña su modo de parecer... Antes parecía no querer ir con nosotros... ¿A qué se debe ese cambio?—le preguntó recelosamente Leo.

—Pues la verdad, y dicho sea con franqueza, creo que vale la pena arriesgarse, e ir con ustedes de socio.

Leo se echó a reír cuando le oyó expresarse de aquella forma, y le respondió:

—No diga usted cosas que son absurdas... Usted no puede asociarse a nosotros.

Toda la codicia que siempre sintió el alma de aquel hombre se reflejó en su mirada y exclamó indignado:

—Si no me dejan asociarme a ustedes e intentan prescindir de mí haré que no se les acerque un esquimal a mil millas de distancia.

Leo comprendió que no había más remedio que aceptar la compañía de aquel hombre contra quien desde el primer instante había sentido una verdadera adversión. En vista de que solamente con su concurso podrían obtener los guías que necesitaban, respondió conformándose:

—Está bien, pero debemos dejar por aquí a la señorita Tanya. No la debemos exponer a esos peligros.

—Eso es una tontería—respondió el padre de la joven—. ¿Cómo quiere usted que la dejemos aquí sola, a 400 millas de distancia, sin más vecinos que los bandidos chatos? Además, necesitamos quien nos guíe y ella lo hará.

Tanya, aun cuando comprendía las nobles intenciones de Leo, des-

pues de agradecerse con una cariñosa mirada les suplicó:

—Yo quiero acompañarles.

Su padre exclamó satisfecho de aquella decisión, que hacía ver a los expedicionarios la razón que tenía para asegurar de que Tanya debía ir con ellos.

—Lo ve... Ella no abandona nunca a su padre.

Leo no se dejó convencer tan fácilmente, y aun cuando aceptó que la muchacha los acompañara, le dijo a ella:

—Si hubiera donde dejarla, tenga usted la seguridad de que no consentiría que usted viniera con nosotros: presumo que vamos a correr grandes riesgos y no quisiera verla expuesta a ningún peligro.

—No me importa nada de eso—respondió Tanya—. Tengo especial interés en no abandonarlos.

—¿No le teme usted a los peligros?—le preguntó Leo—. ¿Cree que lo pasará bien?

—Estoy segura de ello—respondió la joven, mirándolo fijamente, como si quisiera darle a entender que su confianza se basaba en la presencia de Leo, que sabría defenderla contra todo peligro que la amenazase.

Durante varios días estuvieron acampados en aquellos lugares. Durante el día recorrían unas

cuantas millas buscando un paso para poder atravesar la barrera que se alzaba ante ellos y en estas expediciones habían ido acercándose casi al mismo pie de la barrera.

Holly, que había estudiado detenidamente aquella expedición, sabía que la montaña que daba paso a la tierra que buscaban estaba horadada y que si no veían su entrada era precisamente por la gruesa capa de nieve que cerraba su puerta. Mas, debajo de aquella nieve, era donde se escondía un metal completamente igual que el oro, y temía que algún ruido fuerte diera lugar a relajamiento de la nieve y provocase un desprendimiento de la montaña.

Al séptimo día de estar allí, Leo le preguntó a la joven:

—¿Cree usted que podremos franquear esa barrera?

—Ojalá—respondió ella—. Una semana llevamos ya buscando un paso... Sea como sea, la verdad es que los perros necesitan descanso.

Al cabo de un buen rato se hallaban comiendo y Holly expresó el temor que le causaba acampar donde lo hacían, diciéndoles:

—No me gusta acampar junto a esta muralla de hielo... Es muy peligrosa.

—Peligrosa... ¿Por qué?—preguntó el padre de Tanya.

En aquel momento se oyó un ruido subterráneo y Holly respondió:

—Ya lo ha oído usted... Ese ruido es el que me produce el miedo.

—Ya lo hemos oído muchas veces, sin que nos haya ocurrido nada—contestó el padre de Tanya.

—Ya le he dicho muchas veces—siguió diciéndole Holly—que la menor vibración puede causar un alud... Un grito es suficiente.

El padre de Tanya lanzó una carcajada y respondió:

—Esas son manías tuyas. ¿Quiere usted saber más que yo que he vivido por estas tierras desde hace más de veinte años?

Terminaron de comer y Leo quiso ayudar a Tanya al día siguiente a subir la montaña. El joven se preocupaba únicamente de ella y le prodigaba todos los cuidados para hacerle el camino más fácil, aun cuando aquello era casi imposible. La joven, advirtiendo el esfuerzo que hacía Leo, aprovechó un pequeño descanso para decirle:

—No se moleste en ayudarme... Estoy acostumbrada a andar por la nieve. Además, se fatiga demasiado.

Leo dejó el rifle de que iba armado sobre la nieve y le respondió galantemente:

—Créame que lo hago con mucho gusto.

La muchacha sonrió, con una sonrisa angelical, que llegó hasta lo más íntimo del corazón de Leo, que le dijo:

—Sin usted no sabríamos arreglárnoslas ya.

Tanuya no pudo disimular el efecto que le producían aquellas palabras, y bajando la vista al suelo para ocultar el rubor que expresaban sus ojos respondió:

—Si dejese eso de veras...

—Palabra de honor—respondió seriamente Leo.

Tanya quiso echar a broma lo que había oído. Temía darle una interpretación que no fuera la que ella deseaba desde el primer momento que vio a Leo, y le respondió:

—Claro, como yo soy la que sabe guisar...

—No, no es ésa la razón...respondió Leo seriamente—. Hay otra razón y es su padre.

—¿Mi padre?—preguntó Tanya sorprendida, sin saber qué es lo que quería decirle el joven con aquellas palabras.

—Sí, su padre—insistió Leo—. De no ser por usted, no podría seguir con él un momento más... Lo necesito, porque me ha busca-

do los guías, pero no me inspira ninguna confianza.

Tanya, que sabía de sobras la razón que tenía Leo para hablar de aquella manera, le miró sorprendida, y él, creyendo haberla ofendido, trató de disculparse, diciendo:

—Perdóneme, comprendo que he hablado con demasiada rudeza.

Ella quiso tranquilizarlo e inmediatamente le dijo:

—No se lo censuro, pero...

—Lo comprendo—la atajó Leo.

—A pesar de todo es su padre, ¿verdad?

La muchacha no pudo evitar que unas lágrimas humedecieran sus ojos, y leo al verla llorar le estrechó cariñosamente las manos diciéndole:

—¿Acaso Dugmore no es su padre?

—No lo sé—respondió con tristeza la muchacha—. Desde pequeña me eduqué en un convento en Rusia. Hace cuestión de un año se presentó Dugmore para reclamarme. Dijo que era mi padre y...

Leo no la dejó continuar. Se daba cuenta del sufrimiento de la muchacha. Lo que él había creído advertir desde el primer día que la conoció resultaba ser verdad y sospechaba ya de que Dugmore no era el padre de Tanya. Debía haber algo secreto en la existencia

de Dugmore que únicamente él sabía y que le daba ese derecho de haber reclamado a Tanya y hacerla pasar por su hija. Para impedir que la joven pretendiese darle ninguna dolorosa explicación la atajó diciéndola:

—No se esfuerce en explicarse... Creo comprenderlo todo. Desde el primer día vi que la trataba a usted con demasiada rudeza, pero tenga un poco de paciencia, cuando regresemos de esta expedición, yo le prometo que le enseñaré a tratarla como debe.

En aquel instante un griterío enorme se produjo desde lo alto de la montaña y poco después se presentó Dugmore diciéndoles:

—Los esquimales acaban de llegar corriendo del glaciario, gritando no sé qué de un hombre blanco.

—Vamos para allá—ordenó inmediatamente—. Ellos mismos nos guiarán.

Inmediatamente se pusieron todos en marcha, y después de unos pocos esfuerzos y de haber salvado milagrosamente varios precipicios llegaron cerca de la cima de la montaña. Allí quedaron parados, sin poder contener la emoción que les producía la sorpresa de lo que veían. A unos cuantos metros de distancia de ellos había un fantástico animal muerto, y

junto a él aparecía un hombre petrificado por el hielo. Se advertía tanto en el ser humano como en la fiera que debían llevar muchísimos años allí, y pasado el primer momento de estupor, Leo le preguntó al profesor:

—Holly, ¿qué animal es ése?

—Si no me equivoco — respondió el interrogado — es un tigre prehistórico.

—Es la primera vez que veo un animal semejante—exclamó Leo.

—Es que estos animales desaparecieron hace miles de años. Sin embargo, este ejemplar puede que lleve aquí unos 400 años... Sin duda debieron acampar en este glacial.

Se acercaron al lugar donde estaban los dos cuerpos petrificados, y Holly después de examinar el hombre que se hallaba allí, les dijo:

—Vean la ropa de este hombre, es el sirviente que acompañó a la esposa de John Vincey.

—Cierto — exclamó Leo—. Mató a la fiera pero murió él también y ella huyó sola... Recuerda, Holly... Por fin vamos camino de la Llama.

Pero mientras que los dos amigos se entretenían hablando de aquello, Dugmore se dedicaba a inspeccionar cuanto había alrededor del que fué sirviente de John

Vincey, y exclamó de pronto codiciosamente:

—Tiene una cadena de oro al cuello... Y un saco de lona.

Cogió un trozo de hielo de los que habían dentro del saco, y de un golpe lo rompió. Pero al caer el hielo que había sobre el objeto que recubría, apareció un pedazo de oro, y Dugmore exclamó, mirando ambiciosamente el saco:

—¡Oro!... Y el hielo no es tan espeso que no pueda romperse con el hacha.

—Recuerde lo que dijo el profesor — le advirtió Leo—. Puede usted desencadenar un alud.

Pero la codicia de Dugmore era mucho mayor que el miedo de morir sepultado, y por lo mismo se echó a reír de la advertencia de Holly y exclamó burlescamente:

—Bah, el profesor dice muchas tonterías.

Y sin hacer caso empezó a golpear con el hacha, mientras que Leo cogía de la mano a Tanya y se la llevaba de allí, hasta donde estaba el profesor, diciéndola:

—Vamos de aquí... Este sitio es muy peligroso.

Bajaron a un lugar en el que una enorme roca ofrecía un resguardo en caso de un inesperado alud, y Dugmore se quedó golpeando con el hacha el saco donde se encerraban los trozos de oro,

produciendo un ruido seco y metálico cada vez que el acero del hacha tropezaba con el oro.

Holly desde donde estaba no cesaba de gritarle:

—Deje usted eso... Va usted a provocar un alud. Esa montaña de nieve se nos vendrá de pronto encima.

Pero su consejo era desoído de Dugmore, que seguía golpeando, hasta que de pronto un ruido inmenso atronó toda la montaña. Inmediatamente fantásticos bloques de nieve se precipitaron, y aquella ingente montaña se destronchó materialmente.

Leo apenas tuvo tiempo de coger a Tanya y hacerla que se resguardase donde estaba el profesor, y éste los tranquilizó diciéndoles:

—No tengan miedo... Aquí no puede pasar nada.

Dugmore al ver el alud que se le venía encima, trató de ponerse también en salvo. Mas por mucho que quiso correr no tuvo tiempo y fué alcanzado por uno de aquellos enormes bloques, que lo destruyó totalmente. Al mismo tiempo en el mismo sitio que estaba se abrió una gran hendidura y desapareció por ella como si se lo hubiese tragado la tierra.

El ruido que se oía era imponente, y a pesar de que Tanya y

los dos otros amigos estaban estrechamente unidos, apenas si se oían lo que uno a otro se decían. Aquello parecía el fin del mundo, y jamás ojos humanos pudieron contemplar un espectáculo tan imponente.

La pobre muchacha no podía disimular el miedo que sentía en aquellos instantes y se abrazaba a Leo como si le demandara protección en aquel momento verdaderamente trágico.

LOS HOMBRES DE LAS CUEVAS

Poco a poco el ruido fué amortiguándose y la montaña tomó una figura completamente distinta. Al cabo de media hora se hizo otra vez el silencio y Leo le dijo a la muchacha:

—Ya ha visto que todos los demás han perecido... No tenemos trineos, ni provisiones, ni modo de volver, ni de seguir adelante.

Y al decir esto volvió la vista atrás y vió con gran sorpresa que junto a ellos había quedado al descubierto una enorme hendidura de la montaña que parecía conducir al interior de la misma.

—Esto estaba cubierto por el glaciar — dijo Leo, fijándose en aquel pasadizo.

—Quizás atraviase la montaña—le dijo el profesor.

Ofrecía tan cómodo resguardo que los tres expedicionarios se internaron en el pasadizo y Leo exclamó:

—Al menos aquí estaremos resguardados del viento.

Y cogidos de la mano comenzaron a andar por el interior de la cueva, hasta que Tanya no pudo menos que declarar su inferioridad de sexo diciendo:

—Qué cansada estoy... Creo que no podré seguir más adelante.

El joven sonrió cariñosamente y trató de darle ánimos diciéndole:

—Usted dijo que no se cansaría y que iría con nosotros.

De pronto Holly indicó hacia

un recodo de aquella cueva y les dijo:

—Allí se nos abre el camino.

—¿Qué camino? — preguntó Leo, sin darse cuenta de lo que le decía el profesor.

Pero el profesor sin responder a su pregunta siguió caminando delante de ellos. A medida que avanzaban se hacía más visible un potente resplandor, y al frío que hasta entonces habían sentido se sucedía una temperatura agradable.

Absortos en la contemplación de aquellas luces, fueron acercándose a ellas y empezaron a sentir calor, un calor que se hacía asfixiante conforme adelantaban. Las gruesas prendas que vestían para preservarse de la nieve se hacía imposible de seguirlas manteniendo, y empezaron a quitarse ropa.

Por fin se encontraron en una dirección recta al sitio de donde partían aquellos resplandores, y una nueva maravilla se ofreció a sus ojos. Como si fueran pequeños surtidores de agua, del suelo se desprendían llamas azuladas que se esparcían por todo aquel espacio produciendo un fuerte olor a fósforo. Holly quiso darles una explicación de lo que era aquel fenómeno y les dijo:

—Son fumarolas, pequeños escapes volcánicos... Hace una ho-

ra nos helábamos y ahora nos asamos de calor.

—A esto fué a lo que aludió el tío John antes de morir — dijo Leo.

—Evidente — respondió Holly.

—Pero por ahí no podemos pasar—exclamó Tanya.

—Sí que podemos pasar — le dijo el profesor—. Hay que ser valiente. Recuerde lo que dijo al emprender el viaje.

—Sí, dije que quería acompañarles donde fuese.

—Pues entonces vamos allá—le respondió el profesor siguiendo nuevamente el camino.

A medida que avanzaban por entre aquellos minúsculos volcanes, el profesor les iba diciendo:

—Todo esto es azufre y fósforo... En ello tienen ustedes la explicación de esta luminiscencia.

Con gran trabajo y sofocados por el calor que hacía cruzaron aquel paraje, y al final Leo, que comprendía el cansancio de la joven, propuso al profesor:

—Descansemos un poco y luego continuaremos la marcha, hasta saber adónde conduce esta cueva.

Se hallaban en un cruce entre varias galerías y dudaban por cuál de ellas deberían dirigirse. De pronto Tanya, que iba del brazo de Leo, dió un grito de horror

que hizo volver la cabeza a sus compañeros. Todos quedaron sorprendidos ante la presencia de varios centenares de seres humanos que les cerraban el paso por todos los lados amenazándoles con unas grandes lanzas con las que iban armados.

El rostro de estos habitantes, aunque muy parecido en sus rasgos generales al de los esquimales, tenía sin embargo un aspecto tan horripilante que cualquier persona por valiente que fuese se hubiera sentido intranquilo entre ellos.

Iban a medio vestir, y la ropa que llevaban era únicamente unas pieles de animales, sin duda cazados en las montañas exteriores.

Paulatinamente y con gran precaución fueron cerrando el cerco donde tenían a los expedicionarios, hasta que los tuvieron cerca de las puntas de sus lanzas.

Tanya sentía que las fuerzas le faltaban, y Leo tuvo que animarla diciéndola:

—No tenga miedo, Tanya... Ya verá usted cómo esta gente es pacífica.

El profesor se acercó a Tanya y le dijo:

—Háblele en la lengua de los esquimales. Puede ser que se entiendan.

Pero por más esfuerzo que hi-

zo Tanya por entenderse con ellos, todo fué inútil. Aquellos seres hablaban un idioma completamente desconocido para los tres expedicionarios y era materialmente imposible hacerse comprender.

Custodiado por los habitantes de las cuevas, los hicieron internarse por una de aquellas galerías, y conforme iban avanzando demostraban aquellos seres una alegría extraordinaria. Había muchos que en vez de caminar iban bailando, como si el haber cogido aquellos prisioneros fuera para ellos algo verdaderamente sobrenatural.

No tardaron mucho en llegar a un lugar de la cueva donde existía una gran plaza. Allí habían más hombres y algunas mujeres, todos los cuales al ver llegar a los prisioneros comenzaron a saltar y a dar gritos, que no podían ser otra cosa que de alegría.

Llevaron a los tres expedicionarios a lo alto de una pequeña roca que había a un lado de aquella especie de plazoleta y se pusieron a bailar alrededor de una gran llama que brotaba del mismo centro de la tierra.

Holly, que no perdía nunca su buen humor, al verlos bailar de aquella forma les dijo a sus amigos:

—Parece que han tenido una alegría con nuestra visita.

Sin embargo Leo Vincey no se hallaba tan tranquilo como su compañero. Aquella danza no le ofrecía ninguna confianza y miraba a Tanya temiendo por la vida de la muchacha.

Al cabo de un rato de baile, los indígenas cogieron entre dos grandes barros de hierro una gran cabeza del mismo metal que tenían cerca de la hoguera y la metieron dentro para calentarla.

Una vez colocada allí continuó la danza nuevamente, y Holly le dijo a su amigo:

—¿Ve cómo tenía razón? Son gente sencilla y hospitalaria.

Y para abundar más en aquella presunción suya, en aquel momento una muchacha de las que no bailaban se acercó a ellos llevándoles una fruta y entregándosela para que se la comieran.

Los expedicionarios la probaron, y Holly le preguntó inmediatamente a Leo:

—¿Sabe usted lo que estamos comiendo?

Leo, después de probarla, respondió sin vacilar:

—Esto es melón.

—Sí, melón de árbol, una especie de papaya. Un fruto tropical, lo cual quiere decir que hay tierras fértiles más allá de estas cue-

vas... Es decir, que vamos por buen camino en pos de lo que buscamos.

En aquellos momentos la danza que bailaban los indígenas había adquirido un ritmo alocado, y los que tocaban los enormes tambores redoblaban sus esfuerzos para hacerse sentir con más fuerza. Todos ellos parecían estar poseídos por un vértigo infernal, y sus rostros al resplandor de aquella hoguera daban la impresión de los habitantes del infierno.

Leo le advirtió a su compañero cuanto estaba observando y le dijo:

—Esto no me tranquiliza nada.

—Qué pesimista—exclamó Holly. Dando ánimos a sus compañeros: —Esto debe ser una ceremonia de bienvenida.

—Será lo que usted dice, pero yo estoy alarmado —insistió Leo.

—Tonterías —exclamó de nuevo Holly—. Todo esto es muy interesante.

Y apenas había acabado de pronunciar aquellas palabras, los indígenas dejaron de bailar y se acercaron al grupo donde estaban los prisioneros. Eligieron de entre ellos a Holly y lo acercaron a la hoguera donde ya la cabeza que habían colocado antes estaba completamente al rojo vivo.

Sin que él supiera de qué forma, se vió de pronto sujeto por unas cuñas, y al mismo tiempo otros indígenas sacaban la cabeza de la hoguera y la levantaban sobre la de Holly, con ánimos de colocársela como casco. Indudablemente que la muerte tenía que ser rápida, y Tanya al ver lo que pasaba dió un grito de terror al mismo tiempo que sonaba un disparo, y el que tenía sujeta la cabeza candescente caía mortalmente herido.

Leo siguió disparando contra los que tenían sujetos a Holly, y éste en un segundo quedó en libertad y echó a correr adonde estaban sus compañeros.

Los indígenas pasado el primer momento de sorpresa se lanzaron en persecución de sus prisioneros, que sin poder huir de allí se defendían heroicamente, hasta que Leo sintió de pronto un golpe sobre la cabeza y se desplomó sin sentido. Uno de los indígenas había aprovechado un descuido del joven para darle un mazazo por detrás y hacerlo caer.

Tanya al verlo caer corrió en auxilio de Leo, sin pensar en que los indígenas podían apresarla.

Mas al mismo tiempo que ella llegaba al lado de Leo, por una de las galerías entraron varios hombres armados al mando de uno

que iba en una litera que conducían cuatro guerreros.

Los indígenas al ver aquellos soldados se tiraron al suelo mostrando una sumisión extraordinaria y expresando en sus miradas el terror que les producía la presencia de aquellos guerreros.

Tanya, sin fijarse en ellos y con la única preocupación de Leo, se abrazó a él preguntándole:

—¿Se siente usted enfermo, Leo?... ¿Está usted herido?

Pero el pobre muchacho no había recobrado aún el sentido, y ni siquiera se dió cuenta de que le hablaba la joven.

Los gritos que daba el jefe de los guerreros que habían llegado hicieron levantar la cabeza a Tanya, y dirigiéndose al profesor le dijo:

—Holly, atiéndale. Voy a ver si ese hombre que ha llegado se muestra más caritativo con nosotros.

Holly intentó levantar el cuerpo de Leo, mientras que Tanya dirigiéndose al jefe de los guerreros le decía:

—Señor, mi amigo está muy enfermo... No puede andar.

El jefe de los guerreros apenas si le hizo caso, y entonces Tanya ayudó a Holly a levantar a Leo, y acercándose nuevamente al jefe le dijo:

—Salga usted de ahí y déjele esa litera... ¿No ve usted que no puede dar ni un paso?

Holly la oía expresarse en el mismo dialecto que los esquimales, y como no la entendía le preguntó:

—¿Pero qué es lo que le dice usted tan enfadada?

—Quiero hacerle entender que Leo no puede andar y que le deje la litera.

Y Holly al ver que el otro no daba señal de entender tampoco a la muchacha, y convencido de que no sabía inglés exclamó indignado:

—¡Idiota!... ¿No ve que está herido?

—¡Por Dios, señor, que se muere! — exclamó desesperada Tanya.

Entonces el jefe de los guerreros, con gran asombro de los expedicionarios, procuró tranquilizar a la joven diciéndole en correcto inglés:

—No tenga miedo, señorita, que no se morirá.

Holly se acercó a la litera, se quedó mirando fijamente al jefe y le preguntó:

—¿Pero usted habla inglés?

—Sí — respondió el jefe—. Mi guía conoce muchos idiomas y él me ha enseñado el inglés.

Holly sospechó que si el guía

aquel sabía hablar varios idiomas, sería indudablemente un hombre que habría vivido en países civilizados y que no sería difícil entenderse con él y conseguir que le dijese de qué forma podrían salir de aquella difícil situación en que se encontraban. Por lo mismo le preguntó inmediatamente:

—¿Dónde está ese guía?... El nos dirá dónde estamos y adónde vamos.

—¿Qué nos va a pasar?—preguntó angustiada Tanya.

—Eso no se lo puedo yo decir —exclamó el jefe de los guerreros—. Su destino lo decidirá Has-Amo-Tep.

Inmediatamente dió órdenes a sus soldados para que formasen una especie de parihuelas, sobre la que colocaron el cuerpo de Leo que continuaba sin sentido, y una vez hecho esto se dirigió a los expedicionarios diciéndoles:

—Ahora sígannos. No tienen nada que temer, y ella será la que decida de vuestra suerte.

Holly cada vez se mostraba más extrañado. A pesar del optimismo del que siempre había hecho gala, en aquella ocasión pensaba que los hechos que se desarrollaban tenían más importancia de lo que aun parecía a primera vista, y sin querer alarmar a la joven le dijo:

—Me parece que estamos corriendo la aventura más extraordinaria que jamás ha podido imaginar ser alguno.

—Yo tengo miedo — respondió Tanya—. Temo por Leo... Mire cuánto tiempo lleva sin recobrar el conocimiento.

—No se preocupe por eso—le respondió él—. No tiene más que un pequeño colapso.

Siguieron avanzando y conforme se alejaban del lugar en que estuvo a punto de perder la vida, iban también adentrándose en una región ramavillosa. Por todas partes aparecían aquellos volcanes que iluminaban las anchas galerías por donde pasaban, hasta que por fin desembocaron a una especie de plazuela que servía de entrada a un enorme desfiladero totalmente inaccesible. Allí se detuvieron los soldados, y Holly admirado de cuanto estaba desfilando por sus ojos exclamó:

—Esto parece un sueño... ¿Qué país es éste?

—Este es el país de Kor—le dijo el jefe de los guerreros.

—¿Y qué clase de país es éste? — preguntó la muchacha, que había oído la respuesta del jefe de los guerreros.

Holly, que había leído la leyenda que versaba sobre este país que

el mundo creía imaginario, le respondió:

—Estamos en presencia de algo que la gente no cree que haya existido más que en sueños... Esa montaña que se alza ante nosotros es la escalinata para entrar en el país de Kor, y esa enorme puerta es la que cierra la entrada.

Volvió a dirigirse al jefe de los guerreros y le preguntó:

—¿Qué hay detrás de esa montaña?

—El palacio de Hash-Amo-Tep, construido en la roca de la montaña.

Pendiente de un saliente de una roca había un enorme aro de unos diez metros de diámetro, todo él macizo de oro, y el centinela que se hallaba a la puerta del palacio, al ver llegar a los soldados hizo sonar aquel aro con una maza en forma de gong, y segundos después se abría la puerta y apareció ante los ojos de los expedicionarios el palacio más suntuoso que pudiera soñarse.

Era tal el lujo de que se hallaba rodeado todo cuanto allí existía, que solamente comparándolo con uno de los quiméricos cuentos de hadas podía uno darse idea de la suntuosidad que contenía.

El primer momneto fué de verdadero asombro para los dos ex-



La lucha fué imponente.



—Quiero acompañarles.



- ¡Huyamos
de aquí!



- ¡Está usted
herido!



- ¿Como te llamas?



La Diosa del Fuego
lo era también
de la belleza.



Fueron conducidos al templo de la diosa.



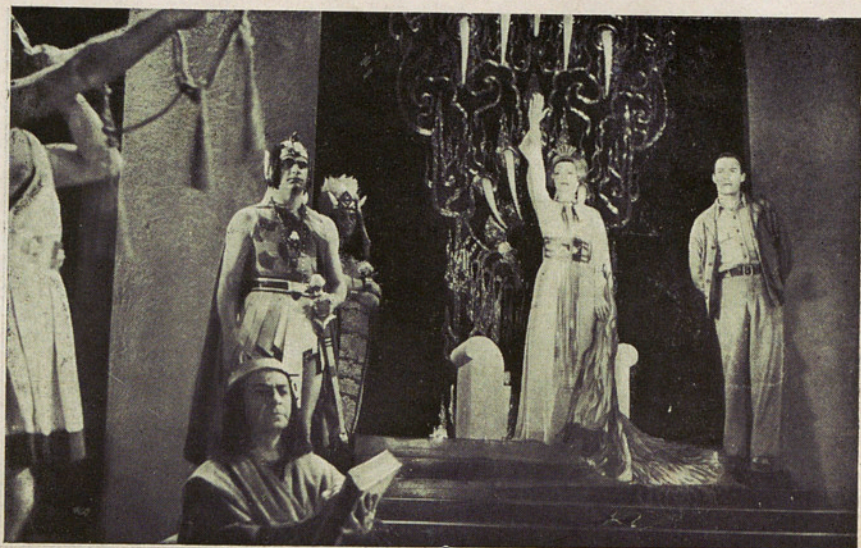
Bajo su apacible belleza había una naturaleza de fuego.



¿Cómo habla usted mi idioma?



En su mirada se reflejaba la quimera de una ilusión insatisfecha.



- ¡Quietos todos!



- Yo soy el ayer, el
hoy y el mañana



Su compañero había
muerto.



- Ahora me encuen-
tro más tranquilo.



Huyó con Tania para salvarla.



- No tenga miedo.

pedicionarios, que quedaron detenidos sin saber qué hacer. Era todo aquello tan maravilloso que no podían salir de su asombro, y dejaron que los soldados pasaran ante ellos hasta colocarse en fila en la escalinata, en cuya parte superior había un magnífico trono y sentada en él la reina Hash-Amo-Tep.

Era ésta una mujer de unos veinticinco años. Peinaba una colosal cabellera negra, que caía sobre sus hombros, y vestía una especie de túnica de seda que dejaba entrever la hermosura de sus formas.

Poseía además una belleza verdaderamente excepcional, y sus ojos de un fulgor extraordinario parecían contener en su fondo un deseo insatisfecho. Diríase que aquella mujer era la diosa de la voluptuosidad o el deseo.

Tanya apenas si se fijó en ella. Se hallaba al lado de las parihuelas en las que estaba Leo, y todo su afán era devolverle a la vida.

El jefe de los guerreros subió a las escalinatas hasta llegar dos o tres peldaños antes del trono, y una vez allí se arrodilló sumisamente y habló en un idioma extraño a la reina, que al saber quiénes eran los expedicionarios le ordenó:

—Habla en inglés, que así lo entenderán estos extranjeros.

—También sabe esta mujer inglés—se dijo a sí mismo Holly—. Me parece que esta gente está mucho más civilizada que lo que nosotros creíamos.

El jefe de los guerreros, siguiendo las instrucciones de la reina continuó diciéndole:

—Al regreso del viaje a que me mandasteis, pasé por la región de los habitantes de las cuevas...

La reina hizo un gesto despectivo y exclamó:

—Ya sabes cuánto desprecio a esos seres.

—Allí vi a estos forasteros—siguió diciendo el jefe de los soldados—a quienes querían matar los hombres de las cuevas.

La reina hizo un gesto de indignación que dió más brillo aún a sus ojos y exclamó:

—¿No os ordené desde hace años que se me traigan ilesos cuantos extranjeros lleguen? ¿Acaso no se ha transmitido mi orden de padres a hijos?

Aquella mujer hablaba de tal forma que al oírla se hubiera creído que era inmortal. Luego hizo una pausa y preguntó de nuevo.

—¿Qué se ha hecho de los hombres de las cuevas que atacaron a estos forasteros?

—Los he traído a todos—le dijo el jefe de los guerreros — y aguardan vuestro justo juicio.

—Y no se irán sin castigo — repuso ella. Luego se dirigió a Holly, que la miraba absorto, y le preguntó: —¿Cómo te llamas, extranjero?

—Holly—respondió éste.

—Se bienvenido, Holly, aunque no eres tú a quien yo espero—respondió la reina. Y al ver el gesto de incompreensión que hacía, siguió diciendo: —No me comprendes.

—No... no comprendo — confesó Holly.

Ella le miró burlonamente y respondió, como si hablase consigo mismo:

—Nadie puede comprenderme... ¿Qué puedes tú saber de sueños inmortales?

—¿Quién es usted? — se atrevió a preguntar Holly:

La reina se levantó y mirando fijamente a Holly para que éste no perdiera una sola de sus palabras, le dijo:

—Yo soy el ayer, el hoy y el mañana... Yo soy el duelo de la esperanza incumplida. Yo soy Hasch-Amo-Tep, aquella a quien es preciso obedecer... Yo soy la inmortalidad.

—Pero usted habla mi idioma

—le dijo demostrándole su extrañeza Holly—. ¿Cómo lo sabe usted?... ¿Dónde lo aprendió?

La reina suspiró tristemente y le respondió:

—Me lo enseñó un compatriota tuyo hace mucho tiempo.

—¿Ha estado aquí algún otro inglés en vida de usted? — preguntó Holly cada vez más maravillado... — ¿Quién era? ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Mucho — respondió la reina—. Sería imposible que usted intentase calcularlo.

Luego se volvió al jefe de los soldados y le ordenó:

—Cuida de ellos, Billali, que luego decidiré qué es lo que hay que hacer.

—¿Y el otro? — preguntó Billali.

—¿Qué otro? — interrogó a su vez la reina.

—Es que hay también un joven que está herido. Lo hirieron en la pelea... Yo pensé...

La reina le atajó autoritaria y exclamó:

—¿Qué es lo que pensaste?

Y antes de que pudiera responderle el jefe de los soldados, le ordenó:

—Que lo traigan al instante.

Billali se volvió para cumplir la orden, pero al ver que la reina se-

guía hablando, continuó en igual actitud de sumisión mientras ella le decía:

—No basta que espere en vano años tras años, sino que además desobedeces mis órdenes. Di que traigan al herido.

Billali dió la orden de que subieran la parihuela donde estaba Leo, y la reina se acercó a él. Sintió de pronto que su corazón latía fuertemente y exclamó:

—Subirlo más cerca... Más cerca.

Lo hicieron así, y entonces la reina se fijó detenidamente en el herido y quedó un rato contemplándolo, al mismo tiempo que una intensa palidez cubría su semblante. De pronto se arrojó sobre él y abrazándolo amorosamente exclamó:

—John Vincey... Es John Vincey.

No cabía duda de que la reina se refería al antepasado de Leo y que lo había confundido con aquél. Pero ella sin advertir su error siguió abrazada a él mientras exclamaba emocionada:

—Mi amor... Mi amor de ayer y de siempre... Por fin viniste a mí...

Después de algunos momentos de quedar en aquella actitud, abrazada al cuerpo del herido, se incorporó y dirigiéndose al jefe de los guerreros le ordenó:

—Billali, que lo lleven a mi aposento con mucho cuidado.

Tanya al ver que se pensaba llevar a Leo se adelantó y suplicó a la reina:

—Déjeme ir con él.

La reina se fijó en la muchacha, y por sus ojos cruzó una llamarada de celos. No obstante hizo un esfuerzo para calmarse y le preguntó despectivamente:

—¿Quién eres tú... ¿Acaso su esposa...?

—No — respondió ingenuamente la muchacha—. No soy nada para él, pero necesita quien le cuide y quiero estar a su lado.

—¿Crees acaso que ha de estar solo? — le respondió la reina—. Yo estaré con él.

Y sin dejar que Tanya la acompañase hizo llevar al herido a su aposento.

UN AMOR DE SIGLOS

La reina durante un buen rato prodigó los cuidados necesarios al herido, hasta que éste abrió los ojos y miró extrañado a aquella mujer que con tanto afán le miraba. Cuando la reina se dió cuenta de que ya había recobrado el conocimiento le preguntó:

—¿Soñaste que yo te miraba mientras dormías?

Leo recordó el sueño que había tenido durante todo el tiempo que había durado su colapso y respondió sinceramente:

—Soñé con un hombre muerto hace siglos, a quien usted llamaba por su nombre.

Ella exhaló un lánguido suspiro y envolviéndolo en una mirada de fuego le respondió:

—Los sueños son recuerdos del eterno fluir del tiempo.

Leo no comprendía nada de cuanto le decía aquella mujer, ni podía comprender tampoco aquel interés tan extraordinario que parecía demostrarle, por lo cual le preguntó:

—¿Quién es usted?

La reina no quiso darle su nombre, no quiso decirle quién era, y únicamente le respondió:

—De haber sabido que llegabas, te hubiera recibido como a un rey.

Leo se acordó de sus amigos. No sabía la suerte que habían corrido y recordó la difícil situación en que los había dejado, luchando con los hombres de las

cuevas, por lo que preguntó alarmado:

—¿Y mis amigos?...

La reina no le contestó, y ante la insistencia de él y sin querer hablar de los compañeros de Leo por los celos que la producían el recuerdo de la joven que la acompañaba, le dijo:

—Come y volverás a ser fuerte como antes. No pienses en nada más.

—No podré estar tranquilo hasta no saber que suerte han corrido... Conmigo venía una joven que se llama Tanya... ¿Qué ha sido de ella?

—Esta aquí — le respondió la reina—. Está en mi palacio con tu otro compañero.

Leo miraba atentamente a la reina. Aquel rostro que él no había visto nunca, le parecía, sin embargo, familiar.

En su mente calenturienta mil ideas se arremolinaban y tuvo que hacer un gran esfuerzo mental para asegurarse de que nunca había visto aquella mujer y responderle:

—Yo nunca la he visto a usted antes de ahora... Tengo la seguridad de ello y sin embargo...

La reina mostró en su semblante una gran tristeza al oírle expresarse de aquella forma y co-

mento con dulzura, casi con sumisión:

—Y yo que estaba tan segura de que me recordaría, de que nunca podrías olvidarme. Te atenderán mis esclavas y pronto me verás sentenciar a los que osaron atacarte, para que paguen caro su atrevimiento.

Con un gesto de sumisión salió de la estancia, dejando solo en ella a Leo al cuidado de varias esclavas. Advertíase en todas las mujeres de aquel país que se diferenciaban por completo de las esquimales y de las de los habitantes de las cuevas. Estas mujeres del país de Khor tenían las mismas facciones que cualquier mujer caucásica, y sus facciones eran de una corrección extrema. Era difícil encontrar entre todas las que servían a Leo una tan sólo que fuera fea, sino que por el contrario en todas ellas se distinguía una belleza extraordinaria tanto física como esculturalmente.

Las mismas túnicas que llevaban a guisa de vestidos servían para hacer más graciosas las formas de sus cuerpos y para incitar aún más a los hombres. No obstante advertíase en los hombres de aquel país el poco caso que hacían de las mujeres, la poca ga-

lantería que gastaban con ellas, y esto tal vez fuera una de las explicaciones del porqué la reina sentía aquel gran amor hacia el único inglés que entró en el misterioso país de donde ella era dueña absoluta. Porque Leo, en cuanto se sintió más despejado, no dejó de advertir que la reina se sentía dominada por una gran pasión y que anteponía ésta a todas las exigencias no solamente de su cargo, sino hasta de su propia vida.

Y mientras que Leo recorría de una a otra parte la magnífica estancia donde se hallaba alojada, Tanya acompaña de varias esclavas que la reina había puesto a su servicio, cambiaba su traje de exploradora, que por cierto estaba ya en lamentable estado, por una de aquellas túnicas que se usaban en el país.

Cuando quedó vestida como una indígena cualquiera, salió de su aposento, y con el primero que se encontró fué con Holly, quien al verla vestida de aquella forma le preguntó:

—Tanya, ¿de dónde sacó usted ese vestido?

—Me lo dió aquel viejo, el jefe de la guardia, y me ordenó además ponérmelo y arreglar mi tocado.

Holly, que había vuelto a recuperar su optimismo al ver la forma en que eran tratados, exclamó riendo:

—¿Y a él que le importará el tocado de usted?

Iba Tanya a preguntarle por Leo, a inquirir noticias suyas, cuando vió a la reina que se acercaba y corrió a su lado para preguntarle:

—¿Cómo está el joven que venía con nosotros?

La reina la miró en silencio. Recorrió con su mirada todo el rostro de la joven, y el dardo de los celos se hizo más agudo en su corazón. Comprendía con aquella facilidad que tiene toda mujer para adivinar en otra su rival, el amor que la muchacha sentía por el herido, y se preparaba a la lucha de la que ella tenía la certeza de salir triunfante. A la pregunta de Tanya le respondió:

—Bien. El joven se sentirá contento de verla vestida de esta forma.

Pero a Tanya lo que menos le importaba en aquellos momentos era la forma en que iba vestida. Quería tener noticias del hombre a quien amaba tan sinceramente, y por lo mismo insistió en su pregunta diciéndole:

—¿Cómo está nuestro compañero?

—Eso lo verá usted misma—le respondió la soberana—. Vengan que les llevaré a su aposento.

Ella misma los condujo hacia donde estaba Leo, y mientras iban a él, Tanya preguntó ansiosamente:

—Si se pone bien, ¿volverá a su país?

La reina no dió una contestación categórica, y sin querer quitar las esperanzas a la joven y en la seguridad de que el mismo forastero sería el que no querría abandonar su país después de que conociera la gran pasión que ella sentía por él, le respondió:

—Claro, naturalmente, si se pone bien, él volverá cuando quiera.

—Pues que se ponga bueno pronto — exclamó la joven—.

Quiero que volvamos a nuestro país.

—¿Y si él no quiere volver?—preguntó intencionadamente la reina.

—No es posible — comentó la joven—. El querrá irse de aquí... Pertenece a un mundo distinto.

La reina no respondió al comentario de la joven, y como ya habían llegado a la puerta del aposento donde estaba Leo, les dijo:

—Está ahí dentro, pueden pasar y hablar con él. En mi palacio tienen absoluta libertad para ir por todo él, menos entrar en el templo sin autorización mía.

—Muchas gracias, majestad — respondió Holly, haciéndole una gran reverencia al estilo de los demás súbditos.

LA SENTENCIA DE ASCH-AMO-TEP

Cuando llegaron adonde estaba Leo, éste lo mismo que antes lo habían hecho sus compañeros, contemplaba admirado la ornamentación de la estancia donde se hallaba. Le parecía imposible tanta riqueza como la que había allí. Todas las molduras que se habían hecho en las rocas que servían de paredes a la habitación estaban cinceladas en oro puro, y cuantos adornos existían allí, denotaban que en aquel país la existencia del oro era tanta como lo es el hierro en cualquier país civilizado.

Al ver llegar a sus compañeros corrió alegremente a abrazarlos diciéndoles:

—¡Cuánto me alegro de verles!... ¿Cómo se encuentran?

—Eso mismo veníamos a preguntarle a usted — le respondió Holly—, pero ya veo que no es necesario.

—¿Está usted bien de veras?— le preguntó Tanya cariñosamente.

—Leo se la quedó mirando fijamente. Nunca como hasta en aquel momento se dió él cuenta del gran amor que sentía por ella, y para tranquilizarla del todo le respondió riendo:

—¿Quiere que la estruje en mis brazos para probarle mis fuerzas?

Tanya se echó a reír. La misma alegría que sentía Leo se le comunicaba a ella, y se sentía feliz no solamente por estar al lado del hombre a quien adoraba, sino por

verle completamente fuera de peligro en que lo creyó.

Leo haciendo comentario de cuanto le había pasado con la reina terminó diciendo:

—Verdaderamente estoy maravillado de cuanto aquí pasa. ¿Qué país es éste y cuál es el papel que nosotros desempeñamos?

—Yo puedo decirles algo — le dijo Holly—. Le sonsaqué a ese jefe que se llama Billali algo referente a la Llama.

—¿Pero existe?—preguntó con gran interés Leo.

—Claro que existe — respondió Holli—. Billali me ha dicho que la tienen en un sitio oculto y que solamente Ella puede bañarse en la Llama para conservar su juventud eterna.

Cuando más animada era la conversación entre los tres amigos se presentó Billali y dirigiéndose a Leo le dijo:

—Ella le ordena ir al trono y sentarse a su lado.

Leo miró extrañado a sus compañeros y Holly hizo una graciosa reverencia al mismo tiempo que le decía:

—Adelante, señor rey.

Billali al ver que los dos compañeros, Tanya y Holly, intentaban acompañar al joven, los detuvo con un gesto diciéndoles:

—Solamente él podrá subir al trono. Ustedes vengan conmigo.

Y mientras caminaban, el jefe de los guerreros le dijo a Holly:

—Este día de hoy será una fecha memorable. Un extraño va a compartir el trono al que yo apenas si oso acercarme...

Llegaron por fin a la sala donde estaba el trono y vieron que se hallaba allí un gran número de soldados y de esclavas. La reina ocupaba su puesto en el trono, y al ver llegar a Leo se levantó y fué a su encuentro diciéndole:

—Te he mandado venir para que asistas al juicio de Kor. Ahora comparecerán los hombres que osaron atacarte.

Dió la orden de que los condujeran a su presencia, y segundos después los hombres de las cuevas aparecieron al pie del trono conducidos por varios soldados.

La reina al verlos llegar y mientras se hallaban ellos arrojados al suelo en señal de sumisión, les dijo despectivamente:

—Hijos del barro, engendro de las tinieblas, mucho habéis abusado de mi paciencia, pero os ha llegado la hora de sentir mi justicia.

Se volvió hacia Leo y le dijo cariñosamente:

—Señálame a los que osaron tocarte.

—Señalaré únicamente a los que tenga la seguridad de reconocerlos — le dijo Leo al mismo tiempo que se levantaba del lado de ella y bajaba adonde estaban los detenidos. Los miró de cerca y cuando tuvo la certeza de reconocer a varios de ellos los fué señalando. Cada vez que decía «éste», los soldados se apoderaban de él y lo sacaban del grupo a empujones arrojándolo al centro de la estancia.

—No reconozco a ninguno más —exclamó al fin Leo.

La reina le miró algo extrañada y le dijo:

—¿Sólo cuatro de ellos te atacaron?

—Sólo de éstos estoy bien seguro —respondió Leo.

—Está bien —respondió la reina—. Pues esos cuatro perros morirán. Serán ejecutados.

Dió una orden y varios soldados cogieron a uno de ellos y lo arrojaron a una inmensa llama que había a un lado de la sala del trono, mientras que los demás daban gritos de terror al ver la muerte que les esperaba.

La reina ni siquiera se detuvo para contemplar la ejecución de la orden que había dado, y seguida de Leo salió del salón del trono, mientras que éste le decía:

—Yo no quiero que los maten.

La reina le miró amorosamente. En sus ojos se expresaba toda la pasión que sentía por Leo, y sonriendo dulcemente le respondió:

—Ah, sí, se me olvidaba que eres cristiano... Ahora recuerdo aquella plaza de Jerusalén donde aquel hombre predilecto predicaba la compasión y el perdón. Un hombre que murió por dar a otros la vida... Como si de la muerte pudiera nacer la vida.

Tanya, que había presenciado la ejecución de aquellos infelices, corrió en busca de la reina, y al verla junto a Leo sintió que los celos la cegaban y sin acordarse de la situación en que se hallaban se encaró con la soberana diciéndole:

—¿Cómo puede usted consentir que maten a esos hombres?

—Yo soy aquí la única que pide explicaciones, pero no la que las doy —le respondió la reina. Y volviéndose a Leo le dijo: —¿Acaso esa joven quiere también morir?

Leo sintió que la sangre se le helaba en las venas. Estaba seguro de que aquella mujer sería capaz de matar a Tanya, y quiso interceder en su favor. Mas antes de que pudiera hacerlo, Tania se ha-

bía adelantado a la reina y le dijo:

—Yo no la temo a usted.

—Le advierto — volvió a decir la reina — que mi indulgencia tiene sus límites.

—Es que yo tampoco quiero que los mate — intervino Leo—. Castíguelos de otro modo.

Toda la altanería con que solía hablar la reina, desaparecía cuando lo hacía con Leo, y le respondió cariñosamente:

—Me crees cruel por puro capricho. ¿Como crees que puedo dominar a este pueblo? Pues los tengo que dominar por el terror. Mi imperio se arraiga en la imaginación.

—Aun así — insistió Leo — le ruego que no los torture.

La reina, en vista de la petición de su amado, ordenó que terminasen las ejecuciones, y Leo la dijo agradeciéndole lo que hacía en su honor:

—Ahora me siento más tranquilo.

—Vámonos — le ordenó la reina llevándose a un jardín en cuyo centro había una magnífica fuente de agua cristalina.

Cuando estuvieron solos, apartados de la presencia de Tanya, la reina volvió a decirle, al mismo

tiempo que lo envolvía con una de sus miradas de fuego:

—¿Qué es para ti esa joven que os acompaña?

Leo comprendió que lo mejor en aquel caso era fingir. Se había dado cuenta de la rivalidad existente entre las dos mujeres, y temiendo por la vida de Tanya le respondió a la reina:

—Esa joven no es nada para mí, pero me siento responsable de cuanto le sucede, y si algo malo le ocurriese jamás podría descargar mi conciencia.

La reina se acercó voluptuosamente a él. Quería sentir en su cuerpo el calor de aquel otro a quien tanto amaba, y le dijo:

—No sabes la felicidad que me das... Te amo desde hace siglos, y esperaba tu llegada con el ansia del hambriento que ve la comida y no puede probarla. Tú has sido mis sueños eternos y los que jamás creí poder realizar... Ahora empiezo a comprender que la mayor dicha es el amor... Amame como yo te amo a ti.

Y en los ojos de aquella misteriosa mujer se reflejaba una llama oculta, un destello del deseo insatisfecho que causó en Leo una profunda impresión. Quiso abstraerse del dominio de aquella mirada y le preguntó:

—¿Puedo retirarme?... Quiero decirle a Tanya que todo va bien y que no tiene nada que temer.

—Sí, vete a decírselo, pero vuelve a buscarme, que tú eres la única vida que yo amo. Tu amor es la luz que hay más fuerte en toda mi existencia.

Billali al ver salir a Leo entró para preguntarle a la reina:

—¿Envío a los prisioneros a sus cuevas?

—No—respondió secamente la reina—. Mátales... A todos, mátales.

Y mientras salía de su aposento siguió diciendo misteriosamente:

—¡Si pudiera matar tan fácilmente mis terrores!...

Y en aquel instante se reflejó en sus ojos una tristeza infinita,

un dolor intenso que habría conmovido a Leo si la hubiese visto. Era aquel momento cuando se dejaba dominar por los recuerdos que continuamente atormentaban su mente y cuando se sentía más desgraciada la infeliz reina. Era en aquellos instantes cuando se consideraba cerca del hombre amado cuando su corazón le decía que nunca estuvo tan lejos de él como en aquella ocasión. Sentía el presentimiento de que el obstáculo de sus amores era aquella joven que acompañaba a Leo, y en su alma se engendró un odio implacable contra la muchacha.

Y ésta, a su vez, desde que vió el interés que la reina tenía por Leo, sintió el mismo sentimiento hacia ella. Eran dos rivales que luchaban sordamente para no descubrirse delante del ser amado.

UN PASADO QUE VUELVE

Poco a poco Leo iba dejándose suggestionar por el amor de la reina, sentía que aquella mujer iba teniendo sobre él un cierto predominio y que su afecto iba inclinándose a ella. La afabilidad de su trato, su sumisión a cualquier deseo y todo aquel amor que le demostraba, hacían que Leo sintiera por ella un afecto muy diferente de la aversión que sus compañeros experimentaban.

Cuando después de aquella conversación volvieron a encontrarse los tres compañeros, Tanya le dijo refiriéndose a la reina:

—Esa mujer es una malvada y cruel.

—No diga eso, Tanya — le reprochó suavemente Leo—. Es misteriosa, fascinante... Además,

fíjese cómo suspendió la ejecución de los hombres de las cuevas.

—La suspendió porque usted se lo pidió, de lo contrario todos hubieran muerto.

—No hablemos ahora más de ellos y aprovechemos el tiempo. Usted, Holly, va a averiguar cuanto nos interesa saber.

—Aquí lo único que hay que averiguar — respondió — es el medio de huir cuanto antes, y eso que cuando le mostré este talismán a Billali casi se desmayó y me dijo que es el secreto de Ella.

—¿Y por qué no me dijo usted antes que poseía ese talismán—le preguntó Leo.

—Porque cada cosa requiere su tiempo — le respondió Holly—.

Aun no poseemos el secreto, y usted es el único que puede arrancárselo.

Pero Tanya no era de la misma opinión que el profesor, y se abrazó al joven compañero diciéndole:

—Leo, no vaya junto a ella... Esa mujer le causará algún mal.

—No tenga miedo — y volviéndose hacia el profesor le dijo: —Holly, si Ella sabe dónde arde la Llama de la Vida, nosotros lo sabremos también.

Y sin detenerse se fué en busca de la reina, seguro de que ella le diría cuanto él necesitaba saber.

Al verlo llegar, la reina se arrojó en sus brazos y con voz trémula por la emoción que le producía la gran pasión que sentía por él le dijo:

—Es duro esperar cuando se espera tanto, pero sabía que vendrías... ¿Crees acaso que ha sido el azar el que te ha traído aquí?

—No — respondió el joven—. Vine guiado por una vieja leyenda, transmitida por una mujer que huyó de este país y murió... Antes de morir envió esta reliquia a su hijo, y aquella mujer era la esposa de...

—John Vincey.

Leo quedó maravillado. Cada vez iba de asombro en asombro.

¿Cómo podía aquella mujer saber una historia que únicamente conocía él y Holly, después de haber muerto su tío? Sin poder contener su extrañeza la dijo:

—¿Pero cómo puede usted saber eso?

—Porque conocí a John Vincey.

Mayor fué todavía el asombro de Leo, que exclamó:

—Pero si John Vincey murió hace 500 años. ¿Cómo pudo usted conocerlo?

La reina sonrió tristemente y le dijo:

—Piensa... Recuerda... Amado mío... Es preciso que recuerdes el amor que nos tuvimos... Recuerda mi voz, la voz que juraste no olvidar nunca... Recuerda.

Leo empezó a comprender algo de aquel misterio. Sin duda aquella mujer era la Diosa del Fuego, y además ella creía en la reencarnación. Estaba segura de que él era la reencarnación de su antepasado John Vincey, y su parecido con el muerto le daba mayor fuerza a su creencia.

—Yo sigo siendo la misma para ti... La que lo ofrendaba todo y lo exigía todo.

Leo se dejaba convencer por aquellas palabras. Poco a poco iba adentrándose en su cerebro la

idea de que tal vez tuviera aquella mujer razón y de que fuera él una reencarnación de su antepasado. Hasta su mismo parecido con el muerto iba dándole la razón y exclamó, desesperado luchando con sus recuerdos:

—Es decir, que nosotros... Pero no, no puedo creerlo... No conservo memoria de aquello.

Ella se abrazó a él y besándolo apasionadamente le dijo:

—No te importe, yo te enseñaré a surcar el abismo del tiempo.

Leo se dejaba abrazar inconscientemente. Empezaba a sentir la influencia de aquella belleza extraordinaria, mientras que ella, sin abandonar su abrazo, continuó diciéndole:

—Aquel momento fué un parpadeo entre dos eternidades... El momento único en que me sentí amada. ¿Sabes de quién son los pies que gastaron esos escalones que conducen al trono? Pues fui yo, días tras días descendí por esa escalera para buscarte... Mis sandalias gastaron poco a poco la roca... Mírate en tu pasado.

Y al mismo tiempo que le decía esto le obligaba a que se mirase en el agua de una fuente.

Leo vió su rostro reflejado en el agua y exclamó:

—Ese que veo soy yo mismo.

—Sí, devuelto por la marea del tiempo a mis brazos. Ven y te vencerás mejor.

Y guiándolo ella misma lo llevó hacia una especie de panteón donde vió el cuerpo y el rostro de su antepasado. Todo él estaba intacto. No parecía que sobre aquel cadáver hubiera transcurrido el tiempo de cinco siglos, y Leo, al verlo sintió que por sus venas corría un frío intenso y exclamó:

—Soy yo mismo... Tú hace siglos eras también otra, como este hombre que yace aquí...

—No — protestó ella—, soy la misma porque mi vida y mi juventud perduran siempre... Aquí te he llorado durante siglos. Ahora has vuelto a nacer y mi duelo toca a su fin... Tu regreso me presagia el perdón divino.

—¿El perdón? — preguntó extrañado Leo—. ¿Qué perdón?

—Sé a qué vienes a Kor — le dijo ella—. Vienes en pos de la Llama de la Vida, como vine yo hace muchas generaciones.

—¿Y la encontraste? — preguntó con interés Leo.

—Claro que sí, y asumí el yugo de la inmortalidad y lo he soportado siglos interminables... En las tinieblas de mi soledad fulgía una chispa de esperanza, de un deseo de amor... Esperé, esperé el ad-

venimiento de alguien cuya pasión por la vida fuese igual a la mía. Entonces llegaste tú, John Vincey, y te amé. Tú correspondiste a mi amor por un instante y luego te desviaste de mí. No volvíste a mí, y en un momento de celos te maté...

Hizo una pausa para poder contener la emoción que le producían aquellos recuerdos, y siguió diciéndole:

—Luego vuelta a esperar... Sabía que vendrías, porque tu amor por la vida es más fuerte que la vida misma... Ahora estás aquí y ya nadie se interpondrá entre nosotros.

—Pero yo no soy John Vincey —le dijo Leo, volviendo nuevamente en posesión de su tranquilidad.

—No lo niegues —dijo ella, sin querer creer en las palabras de Leo—. Arráncame los ojos, húncheme en las tinieblas, y mis oídos bastarán a recordarme el eco de tu voz que jamás olvidaré... Si me has olvidado, también habrás olvidado a aquella otra mujer que supo retenerte y desviarte de mi amor... No era hermosa ni su ciencia igualaba a la mía, pero aun así te negaste a abandonarla.

Leo se hallaba embriagado de la belleza de aquella mujer y del

amor que le demostraba. Había perdido toda su serenidad y en aquel instante, poseído por completo por Ella, hubiera hecho cuanto le hubiera ordenado. Parecía un ser hipnotizado que no atendía más orden que la que la reina le diese. Fascinado por la fuerza de aquellos ojos intentó apoderarse de la reina, y le dijo acercándose a ella:

—Todo lo olvidé, menos a ti, porque tú eres una mujer a la que no se puede olvidar después de haberte visto una vez.

Ella se separó suavemente y le dijo:

—No quiero volver a lo de años atrás. No quiero que te acerques hasta que nuestras naturalezas sean iguales. En tanto no seas como yo, no seré tuya.

—¿Y qué he de hacer para conseguirlo? —preguntó apasionadamente Leo.

—Hoy en el anfiteatro de los dioses —le dijo Ella— celebrarán los sacerdotes el sacrificio del fuego. Luego compartirás mi secreto. Adiós, ya sabes más de lo que yo me proponía decirte, antes de que llegara el momento.

Leo quedó a sola y presa de un nerviosismo imposible de dominar. Se llevó las manos a la cabeza y meditó sobre todo lo que ha-

bía oído a la reina. ¿Qué vida era aquella de la que le había hablado? ¿No sería cierto que él mismo era la reencarnación de su antiguo familiar? Lo demostraba no solamente su parecido idéntico, sino también sus ansias de vida. Todo en él le hacía creer que era lo que Ella le decía.

Y en aquel estado de nerviosidad fué cuando encontró a sus amigos y les dijo, respondiendo a la pregunta de Holly:

—He visto a John Vincey.

—No desvaríe, Leo —le dijo el profesor—. John Vincey murió hace 500 años.

—Pues les aseguro que le he visto yacente... Holly, aquel cadáver era yo mismo.

—Poco a poco —le interrumpió Holly—. Aquel cadáver sería una momia parecida a usted...

—No, no —protestó Leo con gran convicción—. Me vi yo mismo.

Holly dejó su tono bromista para adquirir una grave seriedad y le dijo:

—Leo, ¿pretende usted hacerme creer en la reencarnación?... Ya sabe usted que se parece a John Vincey, pero nada más.

Sin embargo Leo no quedó muy convencido y siguió diciéndoles:

—Ella esperaba mi regreso. Di-

ce que soy el mismo John Vincey.

—No la crea, Leo —exclamó desesperada Tayna—. Vámonos en seguida de aquí.

—No podemos —le contestó Leo, y dirigiéndose a Holly le dijo:

—Ella va a conducirme donde está la Llama de la Vida.

Holly no pudo disimular la sorpresa que esto le producía, y se volvió a Tanya diciéndole:

—¿Ha oído, Tanya?... Vámonos a bañarnos en la Llama de la Vida... ¿Por qué no principió por decirme eso, Leo? ¿Y cuándo vamos a verla?

—No —replicó Leo—. Ustedes no la verán... Ella sólo prometió llevarme a mí.

—¿Qué quiere eso decir?—preguntó alarmado Holly.

—Que ustedes volverán por donde vinimos, sin ver la Llama. Al acabar la ceremonia volverán de nuevo y yo iré a la Llama.

Holly se acercó a él; comprendía que su amigo estaba bajo el influjo de la sugestión que la belleza de aquella mujer había ejercido sobre su amigo y le dijo:

—Leo, no pierda la cabeza. Recapacite.

—Nada de eso, amigo mío—exclamó Leo—. No he perdido la cabeza, sino todo lo contrario. Me

parece haber hallado recuerdos míos muy antiguos. He presentido perspectivas de belleza, de poder, de inmortalidad... Algo que puedo hacer completamente mío... Tendré que ir yo solamente... Ella lo exige así. Debo obedecerla. Holly preveía que algo muy grave le iba a ocurrir a su amigo y quería a toda costa librarlo del peligro a que estaba a punto de exponerse, y para convencerlo, fingió estar conforme con lo que él proponía y le dijo:

—Muy bien, usted puede hacer lo que quiera, pero yo me iré y me llevaré a Tanya conmigo. Pero antes he de advertirle una cosa que no quiero que olvide. Es usted un insensato y morirá usted como su antepasado John Vincey.

Pero Leo, poseído por aquel extrahumano de la diosa, no hizo caso a la advertencia de su amigo y se acercó a Tanya y le dijo cariñosamente:

—Lo siento, Tanya, pero usted sabrá comprenderme mejor que Holly.

Tanya no le importaba que la abandonase a ella. Era demasiado grande su amor para tener el egoísmo de exigir ningún sacrificio del ser amado y por lo mismo le respondió con profunda tristeza:

—No piense en mí, Leo, sino en usted mismo.

—Eso es precisamente lo que hago—respondió Leo—. Aspiro a la inmortalidad y es algo con lo que todos soñamos.

—¿De qué vale vivir una eternidad si el corazón no responde a ningún noble sentimiento?—le dijo Holly—. ¿Dejó acaso ella escapar a John Vincey?...

Tanya se acercó a él, le miró amorosamente y con una voz que era un suspiro de amor, de toda aquella infinita pasión que sentía por él le dijo:

—Piense usted en el fin que tuvo John Vincey y que es el mismo que a usted le espera... Ella tampoco le dejaría huir a usted si supiese que usted me amaba.

—Compréndame, Tanya, usted no sabe el ofrecimiento que se me hace. Es el de no envejecer nunca, el de vivir eternamente.

—¿Y de qué le ha de servir si ha de vivir aquí, en esta tumba, eternamente?—le contestó la muchacha—. Nada sabrá del curso del tiempo, ni del amor, ni del dolor. Su vida no tendrá ninguna ilusión, será usted el mismo siempre, sin que nada altere su existencia. Bah, esa vida no merece vivirla. No es así como yo comprendo el amor. El amor que yo deseo es el amor

de dos seres que viven juntos, que se corresponden, que ríen a veces y otras veces lloran y comparten cuanto les depara la vida, y llegan juntos a viejos. Y cuando uno de ellos muere, vive el otro con la esperanza de reunirse pronto con el ser amado ausente.

Leo empezaba a comprender la razón de Tanya. Empezaba a darse cuenta de que la felicidad no estriba solamente en aquella inmortalidad que él deseaba y que había algo muy superior a todo y este algo era precisamente el amor que ella le brindaba. Llevaba razón en definir de aquella forma la verdadera felicidad, y ya estaba a punto de darle la razón cuando entró Billali y les dijo:

—Hasch-Amo-Tep me envía a decirles que el sacrificio se celebrará al ponerse el sol. Usted y Holly asistirán a él.

—¿Y Tanya?—preguntó Holly.

—Imposible—respondió el jefe de los guerreros—. No se permite más mujeres dentro del templo que a las sacerdotisas.

—Pues yo no quiero ver más ceremonias. Ya estoy harto de ellas—exclamó Holly.

Y Tanya, al ver que a ella pretendían separarla de Leo, fué en busca de la reina para decirle:

—Perdóneme que haya venido

tan de improviso. Necesitaba hablar con usted. ¿Es cierto que nos va a echar de aquí?

—Sí—respondió la reina mirándola con todo el fuego de aquellos celos que se anidaban en su corazón—. Volveréis a vuestro país.

—Sí, ya lo sé—respondió angustiosamente Tanya—. Leo nos lo dijo, pero, por favor...

La reina no la dejó terminar y le preguntó imperativamente:

—¿Qué es lo que desea?

—Pedirle que deje a Leo que venga con nosotros... Echale también.

La reina miró con indignación a Tanya. No podía comprender ella cómo la joven se atrevía a pedirle una cosa que jamás le hubiera otorgado y que, además, era demostrarle la rivalidad que existía entre las dos; por lo mismo, le respondió con el tono despectivo con que siempre la trataba:

—Que le eche... Estás loca. Vienes aquí en pos de un ensueño, el mismo ensueño que todos los mortales han acariciado. Sólo él, entre todos, puede trocar su sueño en realidad... Y ahora me pides nada menos que le devuelva la mortal a tu amor mortal, también.

—No, no es eso... exclamó Tanya desesperada—. No pido su amor para mí, no es eso lo que he

venido a implorar... Yo no pido nada para mí, sino para él.

—¿Para él?—preguntó extrañada—. ¿Qué es lo que puede ofrecerle el mundo como no sea una miserable existencia y luego la muerte?... Cuando acabe la ceremonia del sacrificio mis esclavos os guiarán hasta más allá de la barrera de Sugul y os pondrá en el camino de vuestro mundo mezquino.

Natya intentó de nuevo suplicar, pedir clemencia para Leo, pero la reina se levantó airadamente y la dijo:

—Vete de mi presencia, si es que en algo temes todavía mi cólera.

Pero Tanya no la temía. Defendía en aquel momento la dicha del hombre a quien tanto amaba y le respondió:

—Pues si no le restituye a su mundo, déjeme quedar aquí donde pueda verle por lo menos. ¿Qué mal hay en eso?... ¿Qué puedo arrebatarme yo a usted que lo posee todo?... Usted le tiene a él, pero yo no tendré nada, si me impide verle...

La reina la miró altivamente y le contestó:

—Nada te quito que fuese tuyo... El ha sido mío siempre... ¿A qué rebajarme a hablar contigo?...

Vete, si no quieres que te eche a la fuerza.

Tanya se acercó a ella, la miró desafiante y le preguntó:

—¿Por qué me teme usted, si todo lo puede?

La reina lanzó una carcajada irónica y respondió:

—¿Que yo te temo?...

—Sí—insistió Tanya—, usted me teme y yo sé por qué. Porque yo soy humana y usted no. Yo soy joven y el amor es para la juventud y usted, a pesar de su apariencia, es vieja, vieja de corazón... Usted fué joven, pero ya nunca más lo será... El nunca ha de amar a usted. Lo sé. Corónele rey de esclavos y de salvajes, pero nunca ha de amar a usted.

Y sin detenerse un momento más, dejándose llevar por la indignación de que estaba poseída, salió del aposento de la reina, mientras que ésta quedaba con la cabeza apoyada sobre las manos, pensando en la verdad que le había dicho Tanya.

En aquella actitud la encontró Billali, que le preguntó sumisamente:

—¿Qué ha pasado?

—Ese hombre nunca será mío

—respondió la reina.

—¿Por qué?

—Porque ama a esa mujer.

—Pero si ella no existiese—inclinó maliciosamente el jefe de los guerreros.

—¿Qué quieres decir?

—Que el sacrificio será dentro de una hora, en el salón de reyes. El se sentará junto al trono y la verá morir, sin saber que es ella.

—No puede ser—exclamó la reina—. El forastero no lo consentiría.

—Es que él no sabrá nada. ¿Acaso no puede perderse esa joven en el país?... Enviad hombres a buscarla... Fingid compasión por ella, condoleros de su pesar... En tanto sabréis que él la vió morir,

sin saberlo, y que ella le vió en su agonía, a través de su velo y morirá con el dardo de los celos clavado en el corazón.

La venganza no podía ser más cruel y sin embargo la reina no dudó en aceptar lo que le proponía el jefe de los guerreros, y lo despidió diciéndole:

—Yo consentiré con lo que tú hagas.

Billali se humilló nuevamente ante la reina y salió a dar las órdenes oportunas para que la doncella que había de ser sacrificada aquel año fuera precisamente Tanya.

EL SACRIFICIO

Tanya se hallaba en su aposento cuando vió entrar a varias esclavas, acompañadas del jefe de los guerreros, las que inmediatamente después de llegar y sin decirle palabra se arrojaron sobre ella y empezaron a vestirla con el traje de doncella que había de ir al sacrificio. Tanya, extrañada por la forma en que la trataban, preguntó:

—¿Qué pasa?... ¿Qué hacen?

—Eres la doncella destinada a morir en la hoguera...respondió el jefe de los guerreros.

Tanya dió un grito y exclamó implorando la ayuda de Leo.

—¡Auxilio!... ¡Leo, auxiliame!

—Es inútil que le llames—le dijo Billali—. ¿Pretendes acaso ani-

quilarle a él? Si él supiese cuál es tu destino trataría de salvarte y su muerte sería segura. Si es cierto que le amas no le llares y no le expongas a una muerte segura. Los dos moriríais juntos.

Tanya creyó las palabras del jefe de los guerreros, creyó que era verdad el peligro que corría su amado y en un gesto de sublime sacrificio prefirió morir ella antes que exponerlo a aquella muerte segura de que le hablaba Billali.

Una hora después se hallaban en el templo la reina y a su lado Leo, cuando aquélla le dijo:

—Este será un día grande para Khor y el más feliz para mí.

Aparecieron los soldados y las sacerdotisas conduciendo a Tanya,

que cubría su rostro con espeso velo, y Leo preguntó el motivo de que trajeran amarrada a aquella joven.

—Es la ofrenda a los dioses en reconocimiento de mi eterna juventud—respondió la reina.

—¿Una ofrenda?—preguntó Leo sin comprender bien las palabras de la reina.

—Sí, todos los años debe morir la doncella más joven.

Leo miró aterrado a aquella mujer. Recordó las palabras de Holly y no pudo menos que preguntar:

—¿Se trata de un sacrificio humano?

—Sí—respondió la reina—. Es una tradición inmemorial del pueblo de Khor.

Pero en un momento de descuido Leo se dió cuenta de quién era la muchacha a quien iban a sacrificar y exclamó:

—¡Es Tanya!...

Y ante la sorpresa de todos se lanzó adonde estaba la muchacha, la cogió en los brazos y antes de que nadie pudiera impedirlo la tomó en sus brazos y salió corriendo con ella, perseguido por los soldados de la reina.

Holly se unió inmediatamente a ellos y los tres echaron a correr,

procurando despistar a cuantos les seguían.

Llevaban ya más de media hora corriendo cuando de pronto se vieron de nuevo ante la reina; ésta al verlos sonrió comprendiendo la sorpresa que les produciría su presencia y les dijo:

—Ya estáis junto a lo que tanto buscábais: ante la Llama de la Vida.

—¿Qué me importa a mí todo cuanto pueda usted darme?—exclamó Leo.

—Te bañarás en la llama de la Vida y no serás jamás viejo.

—Nunca lo haré—respondió Leo.

—No te queda otro remedio... El otro no creo que lo aceptes.

—Si se trata de matarme lo prefiero—respondió Leo.

—No, Leo—exclamó Tanya—; prefiero que vivas.

Leo la cogió en sus brazos y ante la indignación que la reina manifestaba exclamó:

—Yo siempre te amaré, Tanya... Pase lo que pase siempre te amaré. Ten fe en mí. Ten fe en mi amor.

Leo intentó arrojarle a la Llama, pero Tanya lo detuvo diciéndole:

—No lo hagas, esa mujer pretende matarte abrasado.

La reina miró a Leo y le preguntó:

—Si yo me baño en la Llama y salgo indemne, ¿me seguirás?

—Sí—respondió Leo.

La reina miró fijamente a Tanya como si quisiera que sus palabras produjesen en la joven la envidia que ella quería infiltrarles y le dijo:

—Ahora verás algo maravilloso, algo que jamás ojos mortales vieron, y tu asombro no se borrará de tu mente mientras vivas.

Holly, Tanya y Leo miraban nerviosamente a la reina. En aquel instante había en su mirada un fuego extraño, algo que no era humano, pero que, sin embargo, la hacía aún más bella.

Cualquiera que la hubiera visto en aquel instante hubiera comprendido que un hombre se dejara fascinar por ella. Parecía la encarnación de una divinidad que en aquel instante se dispusiese a sostener una lucha.

—Hay un poder supremo—le dejó Tanya—que vale más que todos tus hechizos. Yo creo en Dios y Dios no puede permitir que por artes de magia puedas robarme lo que es mío.

La reina sonrió irónicamente y mirando a la joven con desprecio le dijo:

—No me importan sus amenazas. Yo soy dueña del mañana y nadie podrá quitármelo. Soy un ser inmortal que jamás envejece. Tu cabello se tornará blanco, tus ojos se hundirán, tus mejillas se arrugarán y tu cuerpo se contraerá, en tanto yo desafío al tiempo.

Se arrodilló a un hueco que había en el mismo suelo, se cubrió la cara con las dos manos y pareció rezar una misteriosa oración, mientras que los expedicionarios la miraban sobrecogidos por la ceremonia que realizaba Ella.

Al cabo de unos minutos se levantó, y una vez en pie, extendió los brazos hacia adelante y como si llamara a un poder infernal exclamó:

—Yo te invoco, Llama de la Vida, preservadora de la juventud y la belleza.

Se hizo un silencio entre todos los que estaban allí, y Ella, por segunda vez, volvió a invocar la Llama diciendo:

—Aparece ante mí, Llama de la Vida. Tu calor da brillo a mis mejillas y esplendor a mi cuerpo. Quiero bañarme en tu fuego para seguir siendo inmortal, para conseguir la belleza que deseo y que me ame el hombre que adoro.

Se oyó un extraño ruido subterráneo, como si la tierra se movie-

se a los pies de los expedicionarios. Se presentía que algo extraordinario iba a ocurrir, algo como había dicho Ella, verdaderamente asombroso y único en la historia del mundo, y el profesor Holly no perdía detalle de cuanto hacía la reina.

En aquellos momentos había olvidado todo peligro, todo cuanto había sucedido y solamente cifraba su pensamiento en el poder invocador de aquella mujer. No creía que su sola invocación fuera suficiente para hacer aparecer aquella llama que debía darle la juventud eterna. Como hombre de ciencia, no creía en los milagros y necesitaba que los hechos fuesen confirmados con razonamientos y no con brujerías y leyendas.

En aquel momento Billali, que venía persiguiendo a los expedicionarios, entró en el recinto sagrado y al ver a la reina junto al orificio que había en el suelo supuso lo que iba a pasar y se hincó de rodillas con la cabeza junto al suelo, esperando el momento en que se realizase aquel milagro que él había visto varias veces.

Precisamente el que Ella pudiera estar dentro de aquella llama, sin quemarse, el que saliese de ella siempre con mayor juventud y be-

lleza, era lo que había hecho que se convirtiese en reina.

Esta volvió a mirar a los expedicionarios como pretendiendo adivinar el estupor de que se hallaban poseídos y por tercera vez invocó la llama diciendo:

—Oh, Llama de la Vida, yo te invoco para que aparezcas y demuestres a los que no creen en ti que tu poder es infinito. Quiero que vean que eres la fuerza que da vida a los cuerpos y mantienes el vigor de la juventud. Aparece ante mí que quiero bañar mi cuerpo en el fuego sagrado de tu llama.

Los ruidos que en un principio se habían oído se hicieron más intensos y de pronto, por el orificio que había en el suelo, apareció una especie de surtidor de fuego cuyas llamas lamían los vestidos de la reina sin quemarlos. El milagro empezaba a realizarse y Holly lo miraba estupefacto. Tal vez si no lo hubiera visto, jamás lo hubiera creído, y por lo mismo no quería perder un solo detalle de cuanto pasase.

—¿Vas convenciéndote? — le preguntó Ella a Leo—. ¿Mantienes tu promesa de bañarte?

—Sí—respondió el joven con voz emocionada.

La reina no esperó a más. Invocó a la Llama y se arrojó a ella.

Pero sucedió lo más imprevisto y es que en vez de salir de la Llama tan joven por lo menos como había entrado, su rostro se apergaminó como el de una vieja, y su voz se hizo temblorosa. Su cuerpo se encorvó prodigiosamente y los primeros síntomas de la muerte se dibujaron en su semblante.

Fueron unos segundos nada más, los que duró su agonía, e inmediatamente en aquel mismo sitio quedó muerta.

El estupor de los expedicionarios no tuvo límite. Habían presenciado la dolorosa agonía de aquella infeliz mujer, que al fin había encontrado la muerte después de buscarla durante tantos siglos. Y había sido precisamente otro poder más fuerte la que la había destruido. Había sido aquellas palabras de fe que Tanya pronunciara pidiendo a Dios auxilio para ella, las que habían destruido todo el maleficio.

Holly contemplaba el cadáver de la infeliz con el corazón sobrecogido. No llegaba a explicarse qué

clase de fenómenos habían influido en todo aquello que acababa de ocurrir, y Leo se acercó adonde estaba la muerta para mirarla de cerca. Apenas llegó a ella retrocedió asustado. Parecía imposible que una persona a los pocos segundos de morir pudiera experimentar una transformación tan grande como la que había experimentado la reina y exclamó:

—Está desfigurada... No es la misma.

El único que aparecía tranquilo era Billali. Para él la reina era inmortal y no podía dar fe a lo que pasaba. Su fanatismo era mucho mayor que cuanto veían sus ojos, y a pesar de todo exclamó:

—La reina es inmortal... Dentro de poco se levantará más joven que nunca.

—¿Será verdad lo que dice este hombre?—preguntó Leo a Holly.

Este movió la cabeza negativamente y exclamó:

—Afortunadamente para esa infeliz es la muerte la que se la lleva.

—¿Y a qué se debe esa trans-

formación tan repentina?—inquirió nuevamente Leo.

—Muy fácil—le dijo el profesor—. Hay que pensar en que la vida de esta mujer se ha prolongado muchos años, siglos enteros y la materia estaba sostenida únicamente por las calorías que esta llama le proporcionaba. Su sangre era fuego y al faltarle éste ha vuelto a perder todo su vigor y vuelven sus átomos a adquirir una vida de siglos, vida muerta y que la transforma en la momia que vemos.

Aun tuvo Leo una mirada de compasión para aquella infeliz, mientras que Tanya decía a su amigo:

—Vámonos de aquí. Todo cuanto aquí existe está maldito... Huyamos antes de que puedan acusarnos de su muerte.

—No hay cuidado—respondió Holly—. Nadie en el reino creerá que la reina ha muerto hasta que pasen unos días. Para todos seguirá siendo la reina inmortal.

—¿Pero cuando la vean?...—preguntó Leo.

—Tardarán en verla.

—¿Por qué?—inquirió otra vez Leo, que a pesar de lo que acababa de suceder seguía sintiendo una gran curiosidad.

—Sencillamente: porque ninguno de sus súbditos osará entrar en este recinto, excepto Billali.

—Pues él será el que dé la voz de alarma—insinuó Leo.

—No lo hará, porque le conviene mantener la supremacía que ejerce sobre todos los que habitan este reino. El es el que tiene los poderes reales y no se deshará de ellos tan fácilmente.

—Pero su fanatismo puede ser mayor que su ambición.

Entonces, más a mi favor. Si su fanatismo es tan grande creerá que la reina volverá a vivir y que otra vez tendrá el poder que ha perdido.

—Así y todo, yo creo que lo mejor es que nos vayamos—propuso Tanya, que deseaba salir de allí cuanto antes.

Junto a la puerta de salida estaba Billali, quien al ver la intención

de los expedicionarios les preguntó:

—¿Por qué os vais?

—Porque queremos volver a nuestro país.

—Ella no querrá—respondió Billali.

—Ella no existe—le indicó Leo.

—Ha muerto. Esta vez la Llama de la Vida ha sido fatal para ella.

En los ojos de Billali apareció una llamarada de odio hacia los expedicionarios.

Todos ellos comprendieron el peligro que corrían en aquellos instantes si no se ponían lejos del alcance del jefe de los guerreros, y Holly advirtió a sus amigos:

—Ese hombre se convertirá en nuestro enemigo, huyamos.

Los expedicionarios echaron a correr, y tras largas penalidades, al cabo de unos meses, consiguieron llegar a Londres y santificar el amor que unía a Leo y a Tanya.

Durante varios meses, el recuerdo de lo que habían visto no podía apartarse de la mente de ellos. Necesitaban toda la fuerza de aquel amor que unía a los dos enamorados y de la sincera amistad con Holly, para ir olvidando todos aquellos sufrimientos y penalidades.

Holly había dado varias confe-

rencias demostrando la existencia de aquella Llama de la que tanto hablaba la leyenda, pero siempre que habló de ella le tomaron por un maniático.

Le exigían que definiese lo que era aquella Llama y concretase el punto de la Tierra donde estaba.

Pero él no podía decir más que la había visto, que había presenciado sus efectos de vigor y sus efectos destructores...

Esto, como es natural, no convenía a sus oyentes y sus conferencias no tuvieron el éxito que él esperaba, hasta el punto que decidió no volver a dar ninguna más.

Leo le preguntó por la razón de su abstención y Holly le dijo:

—Nadie puede creer lo que nosotros hemos visto únicamente. No podemos decir más que es verdad, pero eso no es suficiente para hacer creer a todos los que me oyen. Si continuase de esta forma yo creo que llegarían a tomarme por loco, y lo que es más todavía, creo incluso que llegaría a volverme.

Leo sintió miedo ante las palabras de su amigo. Le quería como si fera un verdadero hermano, y le contestó:

—Pues deja esas conferencias. Lo que encierra el mundo de misterioso no puede comprenderlo el

cerebro humano. Es mucho mayor que su comprensión y por eso dicen que todo es producto de una fantasía exaltada.

Y desde aquel día, Holly no volvió a insistir en sus conferencias y permaneció al lado de los dos esposos, como un hermano más entre ellos.

Una noche Leo la tenía en su brazos y le preguntó:

—Tanya, ¿dónde está la Llama de la Vida, la inmortalidad?

—Aquí—respondió ella. La vida está siempre donde hay dos corazones que se aman y se comprenden...

Y en un fuerte abrazo los dos enamorados unieron sus cuerpos, como si temiesen que aquella dolorosa aventura pudiera producirse de nuevo.

FIN

Las maravillas de la temporada

EN **Ediciones BIBLIOTECA FILMS**

PRÓXIMO NÚMERO:

UNA JOYA DEL CINE NACIONAL!...

El malvado Carabel

según la novela del famoso autor **W. Fernández Florez**
Delicioso asunto lleno de interés, una verdadera filigrana de nuestra literatura nacional. Por la pareja de la simpatía

Antoñita Colomé y Antonio Vico

Superproducción *Inca Films*

EN PRENSA:

OTRA NOVEDAD

Pasaporte a la fama

Novela de buen humor, misterio, emoción, sorpresas. Creación del eminente artista americano

Edward G. Robinson

Superproducción *Columbia*

EN BREVE...

El lobo humano Superproducción americana

Poderoso caballero Superproducción nacional

Alas sobre el Chaco Superproducción directa en español

Lo mejor de lo mejor **SIEMPRE** en **Ediciones Biblioteca Films... ¡CLARO!**

Ediciones Biblioteca Films

LAS MARAVILLAS DE LA TEMPORADA

GLORIA DE UN DIA

KATHARINE HEPBURN

LA NOVIA DE FRANKENSTEIN

BORIS KARLOF

EL REY SOLDADO

EMIL JANNINGS

ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL

WARNER BAXTER - MYRNA LOY

OJOS NEGROS

SIMONE SIMON - HARRY BAUR

LA ALEGRE DIVORCIADA

GINGER ROGERS - FRED ASTAIRE

UNA NOCHE DE AMOR

GRACE MOORE

LA VIUDA ALEGRE

MAURICE CHEVALIER
JEANETTE MC DONALD

EL CABALLERO DEL FOLIES BERGERE

MAURICE CHEVALIER

BAJO EL IMPERIO DEL CRIMEN

JAMES CAGNEY

CORAZONES ROTOS

KATHARINE HEPBURN

PRODUCCIONES NACIONALES

20.000 DUROS

CHARITO LEONIS

RUMBO AL CAIRO

MIGUEL LIGERO

Pida su ejemplar antes de que se agote

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

UNA peseta el tomo

Producciones nacionales y filmadas en español

DON JUAN DIPLOMATICO	Celia Montalván
EL EMBRUJO DE SEVILLA	María Ladrón de Guevara
UN HOMBRE DE SUERTE	Roberto Rey
CASCARRABIAS	Ernesto Vilches
LA VOLUNTAD DEL MUERTO	Antonio Moreno
SU NOCHE DE BODAS	Imperio Argentina
UN CABALLERO DE FRAC	Roberto Rey
EL COMEDIANTE	Ernesto Vilches
LUCE DE BUENOS AIRES	Carlos Gardel
ENTRE NOCHE Y DIA	Elena d'Algy
LOS QUE DANZAN	Antonio Moreno
LA DAMA ATREVIDA	Ramón Pereda
EL PRINCIPE GONDOLERO	Roberto Rey
CARNE DE CABARET	Lupita Tovar
MERCEDES	Carmelita Aubert
MELODIA DE ARRABAL	I. Argentina - C. Gardel
EL AGUA EN EL SUELO	Maruchi Fresno
ESPERAME	Carlos Gardel
UNA VIDA POR OTRA	Nancy Torres
DOCE HOMBRES Y UNA MUJER	Irene López Heredia
VIDAS ROTAS	Maruchi Fresno - L. Tovar
LA DOLOROSA	R. Díaz - Agustín Godoy
TRES AMORES	Mona Maris - J. Crespo
UNA SEMANA DE FELICIDAD	R. Rodrigo - A. Palacios
DALE DE BETUN	Juan de Landa - A. Colomé
EL DESAPARECIDO	Rambal - Trini Moren
EL TANGO DE BROADWAY	Carlos Gardel
LA ULTIMA CANCION	Antonio Ortiz
20.000 DUROS	Charito Leonis
RUMBO AL CAIRO	Mary del Carmen

EN PRENSA:

EL MALVADO CARABEL	Antoñita Colomé.-A. Vico
PODEROSO CABALLERO	Casimiro Ortas
ALAS SOBRE EL CHACO	Lupita Tovar.-José Crespo

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Ediciones Biblioteca Films

(Título de la supremacía)

La narración de la maravillosa producción

La viuda alegre

basada en la célebre opereta del mismo título, y suprema creación de la pareja símbolo de la juventud eterna

Jeanette Mac Donald

y

Maurice Chevalier

constituye una repetición de aquel

Desfile del amor

de imperecedero recuerdo

Pida su ejemplar antes
de que se agote a

Precio UNA peseta

Editorial "ALAS"

Apartado 707 - Barcelona

UNA peseta